
Hombre de presa
COMEDIA EN TRES ACTOS, DE
SERRANO ANGUITA
LA FARSA
50 cénts.

Cubierta

de

este

número:

Concha Catalá

y

Manuel González

en

una

escena

de

Hombre de presa

HOMBRE DE PRESA

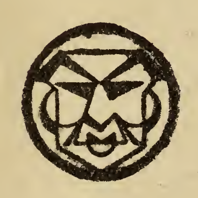
FRANCISCO SERRANO ANGUITA

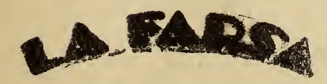
HOMBRE DE PRESA

COMEDIA EN TRES ACTOS, Y EN PROSA

Se estrenó en el Teatro Lara, de Madrid, la noche del 18 de febrero de 1932.

DIBUJOS DE
ANTONIO MERLO





AÑO VI || 5 DE NOVIEMBRE DE 1932 || NÚM. 269
MADRID

REPARTO

PERSONAJES	INTERPRETES
Tránsito	Concha Catalá.
Elvira	Ana María Custodio.
Rafaela	Irene Caba Alba.
Patro	Soledad Domínguez.
Lorenza	Matilde Galiana.
Nati	Amelia Noriega.
Diego Lopillo	Manuel González.
Esteban	Manuel Dicenta.
Curro Hurón	Gaspar Campos.
El Marqués de los Lebreles	Antonio Torner.
Marchena	Nicolás Rodríguez.
Andrés	Antonio Rodríguez.

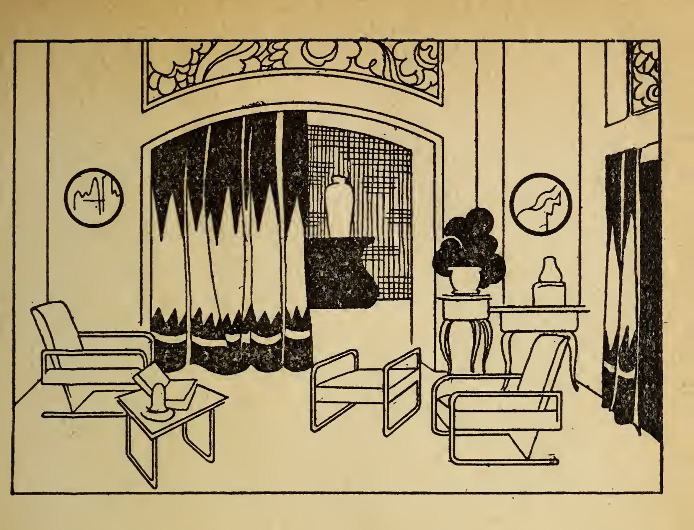
La acción de la comedia en Madrid y en nuestra época.—Las indicaciones del lado del actor.

A Manuel González, magnífico creador del protagonista de esta comedia.

Homenaje de admiración y gratitud de

SERRANO ANGUITA

ACTO PRIMERO



Salón de fumar en el palacio de Diego Lopillo. Puerta al foro y otra a la izquierda. Muebles lujosos y modernos, así como las lámparas, los cortinajes y todos los detalles de la estancia. Por la nonoche. Las luces, encendidas.

(Al comenzar el acto están en escena RAFAELA, LORENZA, NATI y ANDRES. Rafaela es mujer de unos sesenta y cinco años, tosca y vulgar, pese a su ropa de seda negra y a los brillantes, de no muy buen gusto, con que se adorna. Habla con acento andaluz, así como Lorenza, vieja criada o ama de llaves. Nati, doncellita peripuesta, y Andrés, mozo de comedor, que viste de frac, disponen en varias mesitas servicio de café, licores y cigarros para seis personas.)

RAFAELA.—*(A Nati.)* ¿No habéis traído las serviyetitas?

NATI.—*(Disimulando una sonrisa.)* Perdone la señora; las servilletas son sólo para té.

RAFAELA.—*(A Lorenza, desconcertada.)* ¿Te parese? ¿Qué más dará er té que er café?

LORENZA.—Que se limpien con el revés de la mano.

RAFAELA.—Mira por dónde se ha puesto de moda lo que hasía-

mos nosotras de chiquetiyas. (*Fijándose en las copas que Andrés pone en las mesas.*) ¿Y usté, qué copas me ha traído aquí? ¡Estas son der vino!

ANDRES.—¿Cuáles iba a poner?

RAFAELA.—Las de licor; unas que hay más pequeñas.

ANDRES.—Con permiso de la señora, esas copas no se usan ya.

RAFAELA.—¿Tampoco? ¡Pos, hijo, no doy una!... En fin, ¿está ya todo?

NATI.—Para servir cuando los señores dispongan.

RAFAELA.—¡Hale, entonses! Ya nosotras avisaremos. Que er café esté calentito, ¿sabéis?

NATI.—Descuide la señora. (*Se va hacia la izquierda con Andrés, al que dice en voz baja:*) Esta mujer es más ordinaria que un real de castañas.

ANDRES.—(*Bajo a Nati y con tono burlón.*) ¡Haber traído las servilletas, chica!... Nos hubiésemos reído... (*Se marchan los criados y Rafaela dice a Lorenza:*)

RAFAELA.—Volá me tienen estos dos sánganos. ¡Hija, Lorensa, bendito Madrí y bendito er lujo de Madrí!... ¡Arcolea de mi arma, qué ganitas tengo de verme en eya!

LORENZA.—No se queje, que usté vuerve ar pueblo. No es como yo, aquí presa... A ve si conseguimos de su nuera que me dé la arsoluta.

RAFAELA.—No confíes. A mi nuera le ha entrao por derecho er señorío y no puede pasá sin su ama de yaves.

LORENZA.—Ahí ve usté pa lo que se inventaron las yaves: pa reventarme a mí. Pa que los criaos se me burlen en las narises porque na que dispongo resurta como es debío. En la cosina no me atrevo ni a entrá. Er tío ese der gorro, con lo de que es franchute, me suerta ca discurso en su lengua que debe ponerme como hoja de perejí...

RAFAELA.—No me hables der cosinero. Aquí están chalaítos con él, y la verdá es que yo no le veo ningún mérito pa er salario tan exagerao que gana. No sabe más que ponerle nombres raros a los platos. Esta misma noche, a un triste puré de lentejas le ha plantificao er mote de "crema Esaú".

LORENZA.—¿Y qué es eso?

RAFAELA.—¡Fantesías! Er tiriya tiesa der marqués me explicó que hubo un tal Esaú que vendió su no sé qué por un plato de lentejas... ¡También fué humó!... Y porque lo dije se me echaron a reí, y ayí me verías achicharraíta con dos cosas: con er puré, que venía abrasando, y con er sofocón que me dieron.

LORENZA.—Pos de estas senas de postín vamos a tené unas cuantas mientras se remata la boda de los niños.

RAFAELA.—¡Negra he estao toa la noche! ¿Y qué te voy a desí der vino? Uno helao, primero, que paresía un sorbete; y otro calentito después, y otro más, servío en una boteya yena de telarañas. Que por sierto hubo también risotás porque se me ocurrió desirle ar criao que ya pudieron pasarle un plumerito... Sin tomá er postre me levanté de la mesa. Y ya tuvo que torsé la jeta mi nuera, que es er gobernadó de Cádiz, aquel que le dió por la finura... ¡Josú con Tránsito la Bejarana, qué cambiaso ha dao!

LORENZA.—Er dinero, que hase milagros.

RAFAELA.—Y las ganas de faroleá... Er dinero lo gana a espuertas mi hijo y no se da tono. Ni yo, que soy su madre. Rafaela la der Sintero fuí, y la der Sintero seguiré siendo hasta que me muera. Educaíta y señora, eso sí; pero sin jonjanas, que no son de mi clase. Por lo mismo estoy aquí atontoliná y sin más pío que er de verme aunque sea en er campanario de Arcolea como las sigüeñas.

(Por la izquierda llegan TRANSITO, ELVIRA, DIEGO LOPILLO, ESTEBAN y el MARQUES DE LOS LEBRELES. Tránsito es mujer madura, aunque todavía guapa y arrogante, como buena cordobesa, y suple con una elegancia natural su falta de distinción. Elvira, hija del marqués de los Lebreles, tiene diez y nueve o veinte años, y es bonita, avispada, muy a la moderna. Diego Lopillo, protagonista de la comedia, se aproxima ya a la cincuentena. Bien plantado, aunque con cierta tosquedad que él no disimula, sino de la que más bien hace alarde, pese a su actual posición de millonario. Es enérgico y dominador. Esteban, hijo de Tránsito y de Diego, es un mozo de veintitrés años que ya adquirió el empaque que les falta a sus padres. En cuanto al Marqués de los Lebreles, se trata de otro cincuentón noble en decadencia y personaje influyente en política. Las dos mujeres visten trajes de noche. Los hombres, de "smóking". Tránsito y Diego hablan con acento andaluz no muy exagerado.)

TRANSITO.—*(A Lorenza, al salir.)* ¿Servirán el café, Lorenza?

LORENZA.—Sí, sí; en seguidita. *(Se va por la izquierda.)*

TRANSITO.—*(A Rafaela.)* ¿Por qué se ha ido tan pronto del comedor?

RAFAELA.—Dispensa, hija, pero temía que no preparasen esto de aquí como es de rasón.

TRANSITO.—*(A Elvira y Esteban, que están junto a ella, por Rafaela.)* No hay quien la sujete.

ESTEBAN.—(*A Elvira.*) A la abuela tenéis que perdonarla. Ya confiesa ella que no se acostumbra a nuestra vida de Madrid.

ELVIRA.—Hace bien... Es muy simpática y muy ocurrente.

RAFAELA.—(*Entre burlona y satisfecha.*) Vaya, pos tantísimas grasias.

(*Los personajes se sientan, formando tres grupos. Elvira y Esteban, juntos, hablan muy animadamente. No lejos de ellos, Tránsito los contempla con cierto orgullo maternal y atiende al mosconeo de Rafaela, que a cada instante le hace una observación. Más apartados, el Marqués y Diego Lopillo dialogan.*)

MARQUES.—(*A Diego.*) La casa es magnífica.

DIEGO.—Un palacio. Para nosotros quizá demasiado grande, señor marqués; pero tiene la ventaja de estar junto a la banca...

MARQUES.—Esto era de los Castronuño, ¿verdad?

DIEGO.—De los Castronuño, justamente. (*Siguen hablando.*)

ELVIRA.—(*A Esteban.*) A ver si haces que dure poquito la charla y nos vamos al "cine" Capitolio.

ESTEBAN.—(*Fastidiado.*) ¡Chica, al cine!...

ELVIRA.—Anda, que hay una película de Sara Lucientes, y luego sale ella, recita versos y explica una receta casera para teñirse una misma el pelo de rubio plateado...

ESTEBAN.—¡Figúrate lo que a mí me interesa!...

ELVIRA.—¡Ay, hijo, pero a mí, sí!...

(*Por la izquierda entran NATI y ANDRES. Nati trae un lujoso servicio de café y Andrés una bandeja con diversas botellas de licores.*)

RAFAELA.—(*Acudiendo al encuentro de los criados.*) Andá ya, criaturas, que habéis tardao un siglo.

NATI.—Nos acaba de avisar doña Lorenza.

(*Tránsito y Rafaela van sirviendo café en las tazas, que Nati distribuye entre los reunidos. Andrés sirve los licores.*)

MARQUES.—(*A Diego.*) Nadie creía tan fulminante la ruina de los Castronuño.

DIEGO.—Yo la esperaba. Casas montadas a lo grande... Muchos gastos y ningún ingreso... Tenía que pasar... (*Con franqueza un tanto brusca.*) Usted sabe algo de eso, ¿verdad, señor marqués?

MARQUES.—(*Mordiéndose los labios.*) La esclavitud de los blasones...

DIEGO.—Y el pensar que el trabajo lo castiga Dios.

RAFAELA.—(*A Tránsito.*) Tú dirás lo que quieras pero, con tanto lujo, no veo yo por qué habéis de tené na más que unas tenasillas pa los terrones.

TRANSITO.—(*Volada y en voz baja.*) ¿Quiere usted callarse?

RAFAELA.—Me cayo... Ahora, que es una sicatería... ¿Tanto cuestan unas pinsas pa ca uno?... Es como si revorviéramos tos er café con la mesma cuchariya...

ELVIRA.—(*A Esteban.*) Te digo que sí. (*Al marqués, alzando la voz.*) Papa, ¿verdad que ahora nos llevas al "cine"?

MARQUES.—¿Ya quieres escaparte, hija? (*A Tránsito y Diego.*) ¿Qué les parece a ustedes?

TRANSITO.—La juventud, marqués.

DIEGO.—(*De buen humor.*) Lo que dirá Elvirita: "Aquí ya hemos tratado lo que nos interesaba... Ahora hay que divertirse."

ESTEBAN.—(*Riendo.*) ¡Acertaste, papá!

ELVIRA.—(*A Esteban.*) ¡Calla, tonto!

(*Andrés ha terminado de servir los licores y se va con ellos por la izquierda. También va a irse Nati con el servicio de café y Rafaela la llama.*)

RAFAELA.—Aguarda, tú... (*Alargándole la taza.*) Echame otra chispita de café, que estos posiyos son como dedales. (*Nat iobedece y se va luego por la izquierda.*)

TRANSITO.—(*A Rafaela.*) ¡Por Dios!...

RAFAELA.—¿Qué vamos a haserle, si er café es mi visio? Ya tú sabes que pa mí no hay mejó postre que un tasón bien sopao... (*Todos ríen.*) ¡Vaya! (*Bajo a Tránsito.*) ¿Otra vez he metío el remo? ¡Pos, hija, no se pué hablá a gusto!...

MARQUES.—(*A Elvira.*) Os llevaré al "cine" pero habréis de esperar, porque Lopillo y yo tenemos que ver unos papeles.

ELVIRA.—¿Y tardaréis mucho?

DIEGO.—(*Que ha cogido una caja de cigarros y ofrece éstos al Marqués y a Esteban.*) Te prevengo, Elvirita, que esos papeles también os interesan a vosotros.

ESTEBAN.—¿Pues?...

DIEGO.—¿Qué haríais, una vez casados, si no se os diera un medio de vida? Porque no pensaréis que el maná baja todavía del cielo...

ELVIRA.—¡Vamos! ¡Siendo usted millonario!...

DIEGO.—(*Risueño, al Marqués.*) Educada en su escuela, señor marqués. (*A Elvira.*) Mis millones, por ahora, no se casan con nadie. Y a Esteban le hice yo ingeniero para que fuese un hombre de provecho...

RAFAELA.—(*Terciando en la charla.*) Y lo es, pobresito mío, que bien de libracos le habéis metío en la cabesa.

TRANSITO.—Como tenía que ser.

DIEGO.—Ahora tocan a trabajar. (*A Esteban.*) ¿Verdad que sí?... Cuando nos concedan el ferrocarril y empiecen las obras, a ellas irás tú con un buen puesto y un buen sueldo. Y a ver si te aplicas y acabas dirigiéndolas, que nadie mejor podrá hacerlo.

MARQUES.—Evidente. Eso es lo tratado.

(*Elvira, no muy halagada, se aparta con Esteban, al que dice:*)

ELVIRA.—¡Preciosa luna de miel! Tu padre tiene unas manías... (*Saca del bolso una pitillera y de ella un cigarrillo egipcio.*) Dame fuego. (*Esteban le ofrece su encendedor.*)

RAFAELA.—(*Asombrada al ver fumar a Elvira.*) ¡Josú!...

TRANSITO.—(*Bajo, a Rafaela.*) No vaya usted a soltar alguna de las suyas...

RAFAELA.—(*Bajo a Tránsito.*) ¿Me vas a desí que eso está bien en una marquesa?...

TRANSITO.—¡Usted qué sabe! Es la moda...

RAFAELA.—Pos haga Dios que no sea moda fumá sigarros puros, porque si no veo a mi nieto casao con un carabinero.

TRANSITO.—(*Malhumorada.*) Siga, siga, para que la oigan y nos veamos en un compromiso.

RAFAELA.—(*Tragando quina.*) No pases cuidao, mujé. Lo mejó es que me vaya, y así nos quedamos tos tranquilos... (*Alzando la voz.*) Ea, con lisensia de ustedes, me voy por ahí dentro.

ESTEBAN.—(*Yendo junto a ella.*) ¿Adónde, abuela?

TRANSITO.—Va a dar algunas órdenes para mañana.

RAFAELA.—Eso es: a da unas órdenes... Aquí, como en los cuarteles: "Ordeno y mando". (*Iniciando el mutis hacia la izquierda.*) Que ustedes descansen... (*A Esteban, que la acompaña hasta la puerta.*) ¿De verdá quieres sabé adónde voy, hijo?... Pos, mira; a mercá una cachimba pa un regalo de boda que tengo que hasé. (*Y se va, dejando desconcertado a Esteban, que vuelve junto a Elvira.*)

MARQUES.—(*A Diego, por Rafaela.*) Su madre, amigo Lopillo, no está muy conforme con las costumbres del día.

DIEGO.—Hágase usted cargo. No oculta su condición humilde, sino que la pregona. Así cree que da más mérito a su hijo, que logró, con muchas fatigas, llegar al sitio donde usted me ve ahora.

MARQUES.—Y tiene razón. Pero ya es bastante que, en nuestros tiempos, se reconozca el triunfo de un hombre de trabajo. Eso antes no era tan fácil.

DIEGO.—(*Jactancioso.*) ¡Bah! Antes, como ahora, el dinero tenía su valor y con él se iba a todas partes.

ELVIRA.—(*A Esteban, con el que habla en grupo con Tránsito.*) Has de enseñarme esas fotografías.

TRANSITO.—(*A Elvira.*) ¿Aún no las has visto? Son preciosas. Esteban es un maestro. Algunos de los paisajes parecen cuadros.

ESTEBAN.—¡Vaya, mamá, no exageres!... (*A Elvira.*) Ya te las enseñaré. Es que yo le tengo afición a eso, y hasta he inventado un procedimiento para la reproducción en colores sobre la misma placa. Resulta muy bien.

ELVIRA.—Pues a mí tienes que hacerme unos retratos.

DIEGO.—(*Al Marqués.*) Vamos al despacho, si quiere. Allí tengo la memoria y todos los planos del trazado. Algo magnífico, créalo usted. Todas las serranías, desde la de Alcaraz a la de Ronda, unidas por el ferrocarril.

MARQUES.—Desde luego... Sólo el hecho de concebir esa obra revela su gran inteligencia.

DIEGO.—Conozco bien aquellos pueblos y sé lo útil que resultará la línea y las ganancias que pueden obtenerse. Y añada usted los aprovechamientos de saltos de agua para la electrificación.

MARQUES.—¡Una empresa formidable!

DIEGO.—Me juego en ella mi fortuna... seguro de duplicarla, por lo menos. Y usted no irá perdiendo nada. Porque claro está que usted mantiene su palabra de conseguir que el Gobierno apruebe el proyecto y nos haga la concesión...

MARQUES.—Esté tranquilo, que esa es labor mía. ¿Qué mejor prenda para afianzar la unión de nuestras familias?

DIEGO.—De acuerdo entonces. Venga para allá. (*Alto, a Elvira y Esteban.*) ¿Aguardáis aquí? Concluiremos a escape y así os dará tiempo de ir a vuestro "cine". (*Al Marqués.*) A sus órdenes.

MARQUES.—Hasta ahora.

TRANSITO.—Vayan ustedes con Dios. (*Se van por el foro Diego y el Marqués y Tránsito dice a los jóvenes.*) Si tardan mucho vais vosotros a sacarlos del despacho.

ELVIRA.—Sí; porque, la verdad, este no es plan.

TRANSITO.—(*Amable, a Elvira.*) ¿Te aburres?

ELVIRA.—No. ¿Cómo voy a aburrirme con Esteban? Pero, vaya...

TRANSITO.—(*Sonriendo comprensiva.*) ¡Vaya, lo que te fastidian son los testigos!

ELVIRA.—(*Protestando.*) ¡No lo crea usted!

ESTEBAN.—(*Riendo.*) ¡Mamá, qué lista eres!

TRANSITO.—(*Con amor maternal.*) Regular, hijo, regular... Os dejo solos.

ELVIRA.—(*A Esteban, sofocada.*) ¡Qué cosas tienes tú también!... No se vaya usted, Tránsito.

TRANSITO.—¿Cómo que no? Así estáis a vuestras anchas... y yo también, créelo. (*Acariciándola cariñosa.*) ¡No te pongas colorada, chiquilla! ¡Si es lo natural!... Que os divirtáis. Ya os despediré luego. (*Se marcha por la izquierda.*)

ELVIRA.—(*A Esteban, después de una pausa.*) A mí no me estorbaba tu madre.

ESTEBAN.—Ni a mí tampoco. Es que ella es así. Está contenta y le gusta dar bromas.

ELVIRA.—Todos bomean mucho en tu casa... Todos menos tú, que bien poco hablas.

ESTEBAN.—¿Qué quieres que te diga?

ELVIRA.—Algo... Lo que sea... Por lo menos que no estás conforme con esa idea de tu padre de que cuando nos casemos nos vayamos sabe Dios a qué sitio.

ESTEBAN.—No vayas tan de prisa. ¡Primero que empiecen las obras!...

ELVIRA.—Tampoco veo la necesidad de meterte en esos jaleos.

ESTEBAN.—Mi padre quiere que trabaje; ya le has oído.

ELVIRA.—Pues como no necesitas trabajar, niégate a ello.

ESTEBAN.—¡Ay, no conoces tú a don Diego Lopillo!...

ELVIRA.—Más me gustaría conocerte a ti. Tanto afán con esta boda para luego dejar que nos destierren... ¿Adónde nos desterrarán, Esteban?

ESTEBAN.—¡Cualquiera sabe! En algún poblacho por Despeñaperros o la Alpujarra.

ELVIRA.—(*Disgustada.*) ¡Muy bonito!

ESTEBAN.—(*Que tampoco está muy satisfecho.*) ¿La Alpujarra? ¡Preciosa!

ELVIRA.—¡Búrlate, hombre!

ESTEBAN.—Mira, déjame en paz. Bastante me desagrada esto para que encima vengas tú con reproches.

ELVIRA.—Lo que te digo es que si yo llego a imaginarme...

ESTEBAN.—(*Atajándola con ímpetu.*) ¿Qué? (*Ante el silencio de Elvira.*) Que no te comprometes conmigo, ¿verdad? Estás a tiempo, que no hay nada firmado...

ELVIRA.—(*Afligida.*) ¿Quieres callarte? ¿Por qué te figuras tal cosa?

ESTEBAN.—Tú eres la que lo insinúas.

ELVIRA.—(*Cariñosa.*) No es eso... Es..., ¡qué sé yo, Esteban!... Que creía que al casarnos, con el dinero que tenéis vosotros y

todo lo que hay que ver por el mundo, nuestra vida iba a ser como un sueño... Claro que trabajarías más adelante... En algún negocio que a ti se te ocurriera.

ESTEBAN.—(*Con un dejo de amargura.*) Yo no cuento para nada, Elvira. ¿Piensas que a mí me han consultado nunca? "Este será ingeniero". Y lo soy. ¿Qué remedio? "Este se va a Bélgica"... Y dos años tiznándome en Lieja, que no sabes lo que yo me he aburrido. "¡Ea, ya es ingeniero el niño! ¡Vamos a casarle!..." ¡Y me casan!

ELVIRA.—¿Así? ¿Vas a casarte así, Esteban? ¿Sin más cariño, ni más entusiasmo, ni más ilusión?

ESTEBAN.—(*Comprendiendo que quizá fué demasiado lejos.*) No digo tanto, mujer. Al fin y al cabo fuí yo quien me fijé en ti, y me gustaste, y empezamos con bromas. Pero la verdad es que parecía que en mi casa estaban esperando a que tú me entrases por los ojos y a que yo te dijera dos galanterías para arreglar la boda. No es que me queje. Al contrario, estoy contento... Sólo que si no lo estuviese sería igual.

ELVIRA.—¡Resultará que son tus padres los que se han enamorado de mí!

ESTEBAN.—Eso, no. Yo te quiero, y seguramente seremos felices. Pero ellos son los que imponen su voluntad. ¡Y aun hay que alegrarse de que hayan acertado!...

ELVIRA.—¿Crees tú que acertaron? Empieza a asustarme que no ocurra así... Y tenías razón antes; a tiempo estamos para dejarlo. (*Ahora es Esteban el que calla.*) ¿Serías tú capaz, Esteban? ¿Es ese tu cariño?

ESTEBAN.—¿No te digo que no? Aunque si empiezas por quejarte y por renegar de la vida que nos aguarda...

ELVIRA.—¡Eso es ya lo que menos importa!...

ESTEBAN.—¡Entonces! (*Disimulando su preocupación con un forzado buen humor.*) Verdaderamente, tiene gracia...

ELVIRA.—De qué te ríes.

ESTEBAN.—De nada. De que mi madre nos dejó solos para que estuviésemos a gusto... ¡Pensará ella que estamos diciéndonos ternezas y chorreando mieles! Y ya ves...

ELVIRA.—Ya veo, Esteban. Pero no ha sido por mi culpa. Es que parece que en tu casa no se puede hablar más que así..., ¡en plan de negocios!

(*Por el foro llegan PATRO y CURRO HURON, acompañados de ANDRES.*)

ANDRES.—(*En la puerta, a Patro y a Curro.*) Los señoritos están aquí... Si quieren pasar avisaré al señor.

CURRO.—No le avises, que esperaremos a que despache. (*Se retira Andrés por el foro y Curro, entrando en escena con Patro, saluda.*) Buenas noches.

(*Curro Hurón es un hombre que frisa en los cincuenta años. Viste con decoro y hasta con cierta elegancia chillona, pero a la legua se adivina su tosquedad. Aunque él lo disimule, se le advierte el origen gitano en el rostro moreno y en el pelo, ya tirando a gris, pero abundante y rizoso. Es dicharachero, socarrón y más vivo que el hambre. Patro es su hija; tiene veintidós o veinticuatro años, y es guapa, garbosa y desenfadada. Viste con sencillez, pero con buen gusto. Lleva un abrigo de paño guarnecido de piel, calza con primor y va peinada y ondulada como la mejor muñeca del escaparate de Pagés.*)

ESTEBAN.—(*Aparte y sin ocultar su azoramiento al ver a los recién llegados.*) (¡Vaya por Dios!)

CURRO.—(*Acudiendo a abrazar a Esteban, muy efusivo.*) ¡Estebita, hijo!... Con tu permiso, aquí nos colamos hasta que ar permaso de tu padre le dé la gana concluí... (*Saludando a Elvira con mucha ceremonia.*) Beso a usté los pies, prinsesa... (*Elvira contesta con una displicente inclinación de cabeza.*)

ESTEBAN.—Hola, don Paco. (*A Patro, que se ha quedado un poco atrás.*) ¿Qué cuentas, Patro?

PATRO.—Lo que tú digas, hombre. Aquí, a veros...

ESTEBAN.—Ya, ya... (*Hay un breve silencio embarazoso, que corta Curro, preguntando a Esteban.*)

CURRO.—¿No nos presentas?...

ESTEBAN.—Sí... ¿Cómo no? (*A Elvira, haciéndole un gesto de resignación muy leve, pero que caza al vuelo Curro.*) Don Francisco Hurón, un antiguo amigo de casa... Su hija Patrocinio... (*A Patro y Curro.*) La señorita Elvira Villalar...

CURRO.—(*Con malicia.*) ¿Qué vas a desirme?... La yamé prinsesa porque bien puede serlo por lo juncal y lo bonita. (*Abrazando otra vez a Esteban.*) ¡La norabuena, buen moso! ¡Vaya si tiene suerte!... (*A Patro.*) ¿Verdá, hija?

PATRO.—¡Digo!... (*A Esteban.*) Que sea por muchos años... (*Otra pausa. En el gesto y en las miradas de Patro y Curro hay un aire burlón que contrasta con el malestar de Esteban y la sequedad de Elvira. Como si no lo advirtiese, habla de nuevo Curro, siempre con su campechanía.*)

CURRO.—(*A Esteban.*) A lo mejó te hasemos un pie agua, ¿no?...

Pos, aguanta, muchacho, porque en argún sitio tenemos que meternos. Me han dicho que tu padre está enredao con cosas de negosios... ¡Siempre iguá!... ¡Qué hombre! ¡Es argo grande!...

ESTEBAN.—Ya sabe cuál es su genio, don Paco.

CURRO.—Oye; me suena muy malitamente lo de don Paco, que es nombre de tendero. Yámame Curro, como toa tu gente, ¿sabes?

ESTEBAN.—Bueno, hombre. (*Ríe forzadamente, y luego pregunta.*) ¿No se sientan?

PATRO.—¡Como hasta ahora no me habías dicho nada!... (*Se sienta con mucha desenvoltura.*) ¡Menos mal que te acuerdas! (*A Elvira.*) La tengo a usté lástima, criatura.

ELVIRA.—(*Decidiéndose a hablar.*) ¿A mí?

PATRO.—¡Tener que aguantarle!... (*Risueña.*) ¡Vaya cadena perpetua!...

ESTEBAN.—(*A Elvira.*) No hagas caso. Patro es muy guasona. Nos conocemos desde chicos, y siempre se le ocurre alguna chirigota a costa mía.

PATRO.—Pero sin mala intención. Por oírle, y para que rabie un poco.

CURRO.—Como aquel que dise, Estebita y mi niña se han criao casi juntos. ¿Usté no ve que Diego Lopiyo y un servidó somos uña y carne?

ELVIRA.—(*Arisca y molesta.*) No sabía nada.

CURRO.—¡Amigos de toa la vida! Paisanos... y compañeros en un montón de negosios. ¡Lo que habemos corrío juntos Diego y yo!... El tuvo más suerte, porque, eso sí, también tiene más serebro y más habilidá por los asuntos en que se mete... Pero..., ¡vaya!, yo no me quejo, que su protersión no me ha fartao, y argo es argo.

ESTEBAN.—(*A Elvira.*) Fíjate en que, poquito a poco, te vamos descubriendo intimidades de la familia.

ELVIRA.—(*Con impaciencia.*) Son muy interesantes y me gustaría oírlas. Sólo que... ¿no se impacientará papá esperándonos?

ESTEBAN.—¿Vamos a ver si han concluído?

ELVIRA.—Casi es mejor.

ESTEBAN.—(*A Curro.*) ¿Ustedes se quedan?

CURRO.—¿Qué hasé más que aguardá a que tu padre nos dé audiensia? No dejes de desirle que acá estamos nosotros.

ELVIRA.—(*Ya en la puerta del foro.*) Anda, Esteban... (*A Patro y Curro, con desdeñosa altivez.*) Buenas noches. (*Se marcha sin cuidarse de que Esteban la siga o no.*)

ESTEBAN.—(*A Curro.*) Voy con ella. Usted comprenderá que...

CURRO.—¡Anda ya... que pa que hablemos nosotros luego habrá

tiempo! (*Esteban le mira con inquietud, pero guarda silencio y se va por el foro. Curro dice a Patro.*) ¿Te has dao cuenta de lo quemadísimos que van los dos?

PATRO.—(*Burlona.*) Ella más.

CURRO.—Oye, y está muy bien de cara...

PATRO.—Pero con un ceño de niña "litri" que ya va listo Esteban.

CURRO.—(*Mirando a Patro, socarrón.*) ¿Tú crees que se casen?...

PATRO.—(*Sonriendo también con mucha malicia.*) Vaya usted a saber de quién depende eso.

CURRO.—(*Como si le acometiera una repentina preocupación.*) No tendría grasia que ahora, a medio arreglá lo nuestro...

PATRO.—(*Bajando la voz.*) A medias, no. Se arreglará del todo, padre.

CURRO.—Lo malo es el empeño de Lopiyo, que no quiere sino rematá er negosio de la boda. A Lopiyo le temo más que a un nublao, hija de mi arma... Mira que yo sé historias, y si tirase de la manta... Pos no me atrevo. ¿Qué quiere desí que no me atrevo? ¡Pos, eso! ¡No me atrevo!

PATRO.—También usté se ahoga en un vaso de agua. Deje en paz a don Diego, que el que nos interesa es Esteban..., y ese es cosa mía. Yo me encargo.

CURRO.—No; si tú quieres, ni se casa, ni hace más que tu voluntá. Aun lo yevas cosío a las enaguas. ¿Te has fijao con qué susto te miraba?...

PATRO.—(*Entre compasiva y orgullosa.*) ¡El pobre!... Lo que es como yo me empeñe...

CURRO.—Empéñate, hija, que nosotros no podemos quedarnos desarbolaos, y si el Estebita nos faya... Claro que sin peleas... ¿Tú me comprendes?

PATRO.—Sin peleas..., pero sin permitir que porque a él, o a los padres, o a la abuela les convenga la boda se venga abajo todo lo nuestro.

CURRO.—¡Esartísimo!... No me conformo yo con que Lopiyo me dé las raspas de unos negosiejos y se crea que así cumple. Y menos que se piense que por tenerte a ti en la Banca machacando sobre la maquiniya ha asegurao tu porvenir. Si él se orvida de aqueyos tiempos, peor pa él, porque yo tengo que acordarme. Y, sobre to, tengo que comé. ¿Dónde hay comía?... Donde la haya va Curro Hurón, y ancho es er mundo... y ya sé yo quién me defiende a mí las espardas.

PATRO.—(*Inquieta porque alguien se acerca.*) ¡Cállese usté!

CURRO.—¡Chitón! (*Disimulando y ya con su tono de zumba habitual.*) Por lo visto, la fiesta de aquí ha sío de primer orden... ¡Tos de futraque!... ¡Toavía voy yo a tené que encargarme un casaquín de ésos pa artená también con la aristocrasia! (*Por el foro ha vuelto ESTEBAN, que mira con recelo a los otros personajes, Curro le dice muy de buen humor:*) Créeme que tengo ganas de darme postín en vuestros salones, Estebita. Y si er descastao de tu padre no me quiere convidá me convido yo solo, ¡y a ver qué pasa!

ESTEBAN.—(*Intranquilo.*) ¿A qué venían ustedes?

CURRO.—A ver qué pasa. ¿No lo estás oyendo?

PATRO.—(*A Esteban.*) Y a felicitarte. Me alegro mucho de haber conocido a tu novia. Muy guapa que es. Y muy elegante. Y de lo que te quiere, ni hablar. Haces mal en dejarla sola, que eso no es lo corriente en vísperas de boda, como aquel que dice...

CURRO.—¿Quién te verá, chavea, metío en er gran mundo? ¡Pos digo, tu padre!... ¡Si lo que Diego Lopiyo no consiga no lo consigue ni el "sursum corda"!...

ESTEBAN.—(*Aspero.*) Vamos a dejar quieto a mi padre.

CURRO.—Vamos a dejarle quieto. Pero conste que yo hablaba en su alabansa, porque es hombre de mérito... Aprende de él, Estebita... ¡El sí que sabe dónde hay comía!... Lo supo siempre. ¿No había de hacerse archimiyonario?... Aprende tú, hijo, aprende tú.

ESTEBAN.—¿Qué tengo yo que aprender?

CURRO.—A eso. A volá por tu cuenta... Paresía que ibas sortándote... y me temo que se te hayan quebrao las alas.

ESTEBAN.—No hay miedo.

PATRO.—Más vale así.

CURRO.—Entonses, ¿también con la boda arsas er vuelo? Ten cuidaíto no yerres er camino.

ESTEBAN.—Mucho hablan ustedes de mi boda.

PATRO.—¿No va a interesarnos lo bueno que a ti te ocurra?

CURRO.—Si tú crees que te conviene casarte..., ¡olé ya y viva España! Desde luego, vivirás tranquilo. (*Con muy mala intención.*) Alicortao, eso sí; pero con la vigilansia de papá y er suegro, que es lo que vale. Dinero, si no mucho, seguro y bien ganao. Levantarse a toque de corneta, vegetá con reglamento... y si hay argún asunto fásil dejárselo ar niño. Er niño eres tú, claro... ¿Te gusta er porvení? Bendito sea Dios..., pero es una lástima. Déjame que te lo diga, Estebita.

ESTEBAN.—(*Mortificado.*) Dice usted demasiadas cosas.

CURRO.—¿No está bien pintao er panorama?... Y te repito que es una lástima, porque tienes tú condisinoes pa triunfá sin ayu-

das. (*Bajando más la voz, aunque toda la escena ha de ir sin gritos ni violencisa.*) Sólo en lo tuyo, en eso de la fotografía, der dibujo, der grabao y de los colorines, un maestrazo. Ya tú sabes que lo has demostrao.

ESTEBAN.—(*Trémulo.*) ¿No quiere usted callar?

PATRO.—(*Con sorna.*) Déjelo, padre, que se alarma el chico y hasta parece que le entran temblores.

ESTEBAN.—(*Con un gesto de rebeldía que es más bien de cólera reconcentrada.*) Nada de temblar, ¿sabes? Hago lo que quiero. Antes, y ahora, y siempre. En mí no manda nadie.

CURRO.—¿Ni tu padre?

ESTEBAN.—(*Luego de una vacilación.*) ¡Ni mi padre!

PATRO.—¿Ni tu novia?... Poco la quieres si le niegas el mando. Y no queriéndola y siendo tú el dueño de ti mismo, ¿para qué te casas, hombre?

ESTEBAN.—(*Desconcertado.*) ¡Qué mala sangre tienes!

PATRO.—Eso es de un cuplé, Esteban, pero no viene al caso.

CURRO.—Ni viene ar caso... ni viene Diego Lopiyo, y yo quería saludarle esta noche. (*A Esteban.*) ¿Le dijiste que le esperábamos?

ESTEBAN.—¡Yo no le dije nada!

CURRO.—¡También eres guasa, niño! ¿Cómo va a vení entonses? Voy yo a verle.

ESTEBAN.—Estaba ocupado con el marqués de los Lebreles.

CURRO.—¿Con tu suegro?... No será muy secreto, que pa mí no los tiene. Antes, ar menos, no los tenía. A no ser que haya cambiao como va cambiando toa la familia. (*A Patro, con una mirada de inteligencia.*) ¿Me acompañas tú?

PATRO.—Aquí me quedo, padre, si no se enfada Esteban...

ESTEBAN.—¿Yo?

CURRO.—¡Qué ha de enfadarse él, con lo bien que os yeváis desde pequeñitos!... Hasta ahora.

(*Se marcha Curro por el foro. Hay una pausa durante la que Patro mira con su aire burlón a Esteban, aturdido bajo aquella mirada que parece dominarle. Y al cabo rompe a hablar la muchacha.*)

PATRO.—¡Es que no me canso de mirarte, chico! ¡Qué elegante vas y qué bien te cae esa ropa!... Como cuando alternabas conmigo iba más de trapillo me sorprende ahora verte tan de etiqueta. Por más que es natural, cambiando todos de clase y metiéndoos de golpe entre escudos y pergaminos. ¡Para que digan que con la República eso ya no se lleva! Bien vas tú a llevarlos, que para algo los buscó tu padre. ¡Lo que puede el dinero, Virgen Santísima!

ESTEBAN.—(*Después de oírla en silencio, y con un arrebato de ira.*) ¡No hables más!

PATRO.—(*Fingiendo susto.*) ¡Jesús, qué brío!

ESTEBAN.—¡No hables! ¡No quiero que hables! ¿Entiendes?... Y de esa muchacha menos que de nadie.

PATRO.—¿Tanto la quieres?

ESTEBAN.—¡Tanto la quiero!

PATRO.—¿Más que a mí? (*Mirándole otra vez dominadora.*) Desde luego que más que a mí. ¡Si a mí no me has querido nunca!

ESTEBAN.—¿Reproches ahora?

PATRO.—¡Ca, hombre!... ¿Pues no ves que estoy contentísima? Tú vas a ser feliz, y yo me alegro de que hayas visto claro. Lo de antes no te convenía. Aquello era tu negocio... ¡Siempre el negocio, que en la sangre lo llevas! Ahora, como tienes otro negocio más cómodo, dejas el nuestro, te echas al señorío..., ¡y a ver cómo nos las arreglamos nosotros! Si nos pasa lo peor del mundo, ¿a ti qué te importa? Tú sabes de sobra que, hagas lo que hagas, ni mi padre ni yo vamos a perjudicarte, ¿verdad? ¡Mira si no merecías que!...

ESTEBAN.—(*Atajándola, con mucha inquietud.*) ¡Cállate, Patro!... ¿Voy yo a consentir que os ocurra nada malo? Y, sobre todo, ¿puedes pensar que esto sea obra mía? ¡Si ya sabes que no, que a mí me empujan y me obligan y no sé cómo defenderme y quitarme tantas ataduras: las de mi casa, en la que no me toca más que obedecer..., y las vuestras, que también vosotros me sujetáis, y por eso gozas mortificándome!

PATRO.—¡No, si habrá que compadecerte todavía!... El peligro para nosotros.... y el susto para ti. Porque resulta que eres tú quien tiene miedo.

ESTEBAN.—Miedo de Curro Hurón, y de ti, y de mi padre..., y de mí mismo.

PATRO.—Pues serénate, hombre. (*Muy insinuante y muy segura de su triunfo.*) Y piensa bien lo que hayas de hacer. De ti depende lo que venga mañana, porque tú serás el que mandes en ti y en los demás. Yo podía ponerme flamenca y empezar con amenazas, pero ya sabes que cuando amenaza una mujer es porque ha perdido su poderío sobre un hombre. Y ese no quiero yo perderle sobre ti. ¿Te enteras, niño?

ESTEBAN.—(*Angustiado y anhelante.*) ¡Patro!

PATRO.—¡A mí no me vence toda la grandeza de España junta, cuanto más una marquesa arruinada!... ¿Vas a negarme que soy la que domina ahí dentro (*Señalándole el corazón*), donde nadie

llegó todavía y donde tú mismo no te atreves a mirar por no encontrarte conmigo? Yo, Patro Hurón, la chavalita de Curro, la que con unos duros al mes y algún regalo cuando se está de buen humor tiene bastante para besar la tierra que pisáis. ¡Mira si es grande eso!

(*Ha hablado Patro con malicia y gachonería, dueña de sí misma y envolviendo a Esteban con su mirada, con su aliento, con toda su gracia picante y útil. Y Esteban, trémulo y acobardado, apenas si se atreve a murmurar*:)

ESTEBAN.—¡No me hables así, Patro! ¡Ahora sí que te pido que no me hables así!

PATRO.—¿Cómo quieres que te hable? ¿Digo algo que no sea verdad?... (*Y sintiendo que alguien llega se aparta de Esteban y le dice, ya más sosegada y en tono de absoluta indiferencia*:) Y te repito que me alegraré mucho de que resuelvas lo que más te acomode. Al fin y al cabo una no desea más que tu bien.

(*TRANSITO entra por el foro y dice a Esteban en suave reprensión.*)

TRANSITO.—Pero, hijo, ¿cómo has dejado sola a Elvira? Se va ya con el marqués. ¿Es que no la acompañas? (*A Patro.*) ¿También estás tú aquí? A tu padre le he visto ahí fuera.

PATRO.—¿Cómo sigue usted, doña Tránsito? Vinimos a darles la enhorabuena.

TRANSITO.—(*Mirándola con el gesto de quien no se deja engañar.*) Mucho lo agradecemos, mujer. (*A Esteban, insistiendo.*) Harás mal en no ir con Elvira.

ESTEBAN.—¡Sí voy, mamá!... Ahora mismo salía.

TRANSITO.—¿Vamos, entonces?

PATRO.—Yo también quiero despedirla. (*A Tránsito.*) Es muy simpática, ¿verdad? Ya calculaba que habían tenido ustedes buena mano.

TRANSITO.—Sí la tuvimos. Y... no es que hiciera falta tu opinión, pero me alegro de que coincidamos. (*A Esteban.*) Anda, hijo. No te hagas esperar.

ESTEBAN.—Cuando quieras.

(*Se marchan los tres por el foro. La escena queda sola un momento y en seguida llegan por la izquierda RAFAELA y NATI.*)

RAFAELA.—(*A Nati, al salir.*) Anda, mujé, recoge to esto (*Por el servicio de café y licores que quedó sobre las mesas*), que ya va siendo hora de acostarse.

NATI.—Todavía queda que hacer por ahí dentro, señora.

RAFAELA.—Pos a darse prisita y a despachá pronto. (*Mientras Nati va recogiendo el servicio.*) Cuidao, no hagas tiestos...

(*Por el foro entra CURRO HURON.*)

CURRO.—(*Desde la puerta.*) ¡Comadre Rafaela!...

RAFAELA.—¡Digo! ¡Currito Hurón!... Pasa aquí, hombre. que me das una alegría. ¿Has visto a mi Diego?

CURRO.—Ahí lo he dejao despidiendo a los "marnates",

(*Nati se va por la izquierda, llevándose todo el servicio.*)

RAFAELA.—(*Contemplando a Curro.*) ¡Qué bueno y qué majo estás! ¡Si parese que por ti no pasan años!...

CURRO.—Escuche quien habla, y se conserva usté como una rosa de mayo. ¿Muchos días en Madrí?

RAFAELA.—¡No lo quiera Dios! Deseandito estoy volverme a Arcolea. Esto no es pa mi genio, Curro. Madrí es muy hermoso; pero..., ¡qué sé yo!, no está una a su modo. ¡Tanta buya y tanto paseo, que parese que tos los días son de fiesta!... Vine porque era gusto de mi hijo, que quería reunirnos a tos pa la boda der sagaliyo. Ahora, que yo no aguanto; yo me marcho antes. Y créeme que les hago un favó.

CURRO.—¿Quiere usté cayarse? ¡Como que va a consentirlo Diego!...

RAFAELA.—Peó será que me quede. No sirvo pa andá entre marqueses, condeses y baroneses, Curro Hurón. Demasiao noto que hago mal papé y que tos, hasta los criaos, andan por los pasiyos disimulando la risa cuando yo suerto arguna de las mías.

CURRO.—¡Figurasiones! ¿Es que no está usté alegre de ve cómo prospera la familia?

RAFAELA.—¿No he de estarlo? Pero alegre desde lejos, metía en mi rincón. ¡Ayí sí que echo a volá mis alegrías y el orguyo de to lo que ha yegao a sé el hijo de mis entrañas! Mentira parese que un genio tan grande haiga salío de mí y der difunto "Sintero", que tú lo conosiste y sabes lo poquito que valía er probe.

CURRO.—Por eso me choca que usté no se encuentre a su satisfasión.

RAFAELA.—Pos la verdá es que no me encuentro. Na más yegá y ve estos cambiasos y a Diego con fanfarria de gran señó, que no se diría sino que siempre durmió sobre plumas y abanicao por siete negros, empesé a dar aletasos como un pájaro siego. Y de la nuera y er nieto, ¿pa qué te voy a hablá?

CURRO.—Subíos a la parra...

RAFAELA.—Tonta no soy y comprendo que hasta se avergüensan de mí y quisieran verme a sien leguas. En Tránsito no me extra-

ña, porque la Bejarana, que la Bejarana ha de se siempre, por más que se engaye, nunca me tuvo mucha ley. Pero..., ¿y Estebaniyo?

CURRO.—¡Ande, que ya se le caerá a usté la baba viéndole mejó plantao que un prínsipe y pa casarse con una damisla de arcurnia!

RAFAELA.—¿Qué quieres que te diga, Curro? No se me cuese er pan con este casamiento. To lo que goso ar ve los "trunfos" de mi hijo me deja de fría er pensá lo que gana mi nieto con esa boda. ¡Señó, si se diría que me tiene sin cuidao, como si la criatura no yevase argo de mi sangre!...

CURRO.—La culpa es de Diego, que la tuvo a usté separá de Esteban.

RAFAELA.—Tampoco es so. ¡Más desapartaos que habemos vivío siempre mi hijo y yo!... Tú sabes cómo dió er volatón sin habé entrao en quintas... ¿Y aqueyas angustias de saberle siempre en peligro? Y agrega las broncas con er "Sintero", que nunca le perdonó ar niño que er primé negosio lo hisiera en contra suya y sacándole los dineros ensima... Con to lo que Diego mandó despué pa la casa, su padre no le quiso discurpá er desavío.

CURRO.—¡Bueno era er señó Manué, que esté en gloria!

RAFAELA.—Pos con to eso yo segaba por mi hijo. Y por Esteban, no... Esteban parese de otra casta. Cuando lo veo así, con tan poco arranque pa ganarse la vía, me pregunto a quién ha salío. Porque la sangre nuestra tuvo siempre otro fuego, Curro Hurón. Más quisiera mirarle dao a los trajines aqueyos der padre, aunque no hubiese descanso pa él, que no que ande con fantesías de marquesas sin dos gordas y con muchos jumos en la chimenea,

CURRO.—Déjese de cavilá, mujé, que er muchacho vale y hará su avío... Y lo que yo digo: "Donde haya comía habrá un Lopiyo pa encontrarla." Y no andará muy lejos Curro Hurón y Montoya.

RAFAELA.—Sin juramento te creo. Ya sé que te van bien los asuntos y que tienes colocaíta a la niña, que te ha salío listísima.

CURRO.—Diego, que nos ayuda y no se orvida de nuestros tiempos; los que él yama "tiempos heroicos". ¡Y sí que hasía farta heroísmo pa andá como andábamos, siempre a la mira de por dónde iba a salí er tiro que nos arcansase!

RAFAELA.—¡No recuerdes eso, Currito! Aqueyo pasó, y bendita sea la Vinge, que nos trajo este rumbo de ahora.

CURRO.—A mí no mucho rumbo. Toavía doy varsones de vez en cuando. No es como su hijo de usté.

RAFAELA.—Porque mi hijo, y dispensa que yo le alabe, fué siempre más echao pa alante y más bravo que un león. Con los dientes

y las uñas se ha ganao lo que tiene. ¡Bien ganao está, Curro Hurón..., y tú no te quejes!

(*Vuelven por el foro TRANSITO, PATRO y DIEGO.*)

PATRO.—(*A Curro, al entrar.*) Vámonos ya, padre, que aquí dicen que tienen sueño. (*Viendo a Rafaela.*) ¡Ay, doña Rafaela, que no la había visto!... (*Acude a besarla.*)

RAFAELA.—¿Cómo estás tú, claveyina?

CURRO.—(*A Diego.*) Pero... ¿ni un rato de tertulia, hombre?

DIEGO.—(*A Curro, con cierta aspereza.*) Déjate de tertulias, Curro. Ya ha habido bastante. No sé a lo que vinísteis.

CURRO.—(*A Rafaela.*) ¿Ve usté qué ingratitú? (*A Diego.*) ¿Ibamos a dejá de daros la norabuena?

DIEGO.—¿Tenía que ser esta misma noche?

CURRO.—(*A Rafaela, entre enojado y zumbón.*) ¡Lo han cambiao!... Y es este palasio, y tanta servidumbre, y tanto futraque, y er postín de se marqués consuegro... (*A Diego.*) Di tú que yo sigo siendo er mismo, y te enfades o te contentes me tienes a tu vera pa to. ¡Como siempre!

DIEGO.—Como siempre. Ya lo sé, Curro Hurón. Pero... tú en tu puesto y yo en el mío.

CURRO.—Sí, hombre... Dispensa... Creí que podía permitirme una chirigota.

CURRO.—¡Pues no! En eso no. Este es un negocio en el que tú no llevas parte. Que no se te olvide..., y en paz.

CURRO.—(*Mohino.*) Conformes. (*A Patro.*) Vámonos, niña. No es que nos despiden, pero lo parese. Claro que vorveré, porque ar lindo don Diego no le va a durá siempre la murria. (*Despidiéndose de las mujeres, que formaban grupo aparte y hablaban entre sí.*) A descansá, Tránsito... Con Dios, Rafaela...

RAFAELA.—Todavía nos hemos de ve.

CURRO.—¿No le digo a usté que vuervo?

RAFAELA.—(*A Patro, que se despide de ella.*) Adiós, grasiosa, y que sigas tan guapa y tan juncal...

PATRO.—Muchas gracias. Usté que lo vea. (*A Diego.*) Buenas noches, don Diego. Doña Tránsito...

TRANSITO.—Deja, que os acompaño...

(*Se van por el foro Patro y Tránsito. Las sigue Curro Hurón, que antes de salir dice a Diego.*)

CURRO.—Salú, Diego Lopiyo... No te me enfades, que tú y yo no podemos enfadarnos nunca, aunque quisiéramos. Son muchos años de bregá juntos, y muchos los favores que yo te debo.... y argunos los que me debes tú a mí. Salú, repito...

(*Se marcha Curro. Diego pasea malhumorado. Rafaela se acerca a él y le dice cariñosamente.*)

RAFAELA.—No te sofoques, hijo, que no hay rasón ninguna. Curro Hurón es un buen amigo.

DIEGO.—Lo sé.

RAFAELA.—Pos si lo sabes, ¿a qué viene er ponerte así?

DIEGO.—Que no están bien ciertas guasas, y que Curro se va del seguro algunas veces.

RAFAELA.—(*Comprensiva y maternal.*) No es eso, niño.

DIEGO.—¿Qué va a ser si no?

RAFAELA.—Que comprendes que Curro yeva rasón... y que no estás muy en tu terreno metío en estos safarranchos de la grandesa. Te estorba esa ropa. (*Lo dice coincidiendo con un brusco movimiento de Diego, que se desanuda de un tirón el lazo de la corbata y se desabrocha el cuello de la camisa.*) ¿Lo ves tú cómo te estorba?

DIEGO.—(*En un arranque de sinceridad.*) ¡Vaya que sea! (*Dueño otra vez de sí mismo.*) Pero eso no lo sabe nadie. No digo yo esta ropa; un manto de rey puede llevarlo Diego Lopillo si se empeña.

RAFAELA.—Los reyes no se estilan ya, hijo. ¿Te traigo er batín pa que estés más cómodo?

DIEGO.—Me es igual, madre Rafaela.

RAFAELA.—Voy por él.

(*Se marcha Rafaela por la izquierda. Diego enciende un cigarro y fuma en silencio. TRANSITO vuelve por el foro.*)

TRANSITO.—(*Al entrar.*) Nos aguó la noche tu amigo Curro. ¡Me valga Dios, qué hombre!... Parece que lo llaman con campanillas... (*Mirando a Diego.*) ¿Estás de mal humor?

DIEGO.—Quizá.

TRANSITO.—El otro, en cambio, tan alegre iba.

DIEGO.—Quizá también.

TRANSITO.—Y si no le hubieses parado los pies, aquí se nos queda. ¡Es mucho abuso el de Curro Hurón!...

(*Por la izquierda retorna RAFAELA, que trae un batín de paño y un pañuelo blanco, de seda.*)

RAFAELA.—(*Dando las prendas a Diego.*) Toma, hijo... (*Diego se quita el "smóking", el chaleco, el cuello y la corbata, se pone el batín y se lía el pañuelo a la garganta.*) Ponte a gusto... No sé cómo podéis resistí er cueyo duro y esa corasa de la pechera, que pareséis armaos de Semana Santa... ¡Ajajá!... Ya eres otro... Y tan señó como siempre...

DIEGO.—Gracias.

RAFAELA.—Yo me voy a acostá, que ya es hora. (*Recoge las ropas que se quitó Diego.*) ¿Y vosotros?

TRANSITO.—No tardaremos mucho.

RAFAELA.—Pos a descansá. Bien os hace farta, después der trajín der día... Hasta mañana.

(*Se va Rafaela por la izquierda. Diego se ha sentado en una butaca. Tránsito se acerca a él y le dice.*)

TRANSITO.—¿Sigues disgustado?... Eso trae tu amigote... ¡Lástima no me hicieras a mí caso!

DIEGO.—(*Hosco.*) Te equivocas, mujer. Ni Curro Hurón me trae disgustos, ni tú logras nada poniéndote en contra suya.

TRANSITO.—Di lo que quieras; pero desde que llegó Curro se te cambió el aire. Tú no comprendes las intenciones de ese hombre, y él consiguió lo que quería: burlarse de nosotros y ponernos en evidencia delante del marqués.

DIEGO.—¿No lo estaríamos ya?...

TRANSITO.—¿Por qué? Lo de Hurón no es más que envidia, aunque lo disimule con zalamerías. Y ahora más. Eso de ver que ya es nuestro lo que nos faltaba por conquistar, y que se nos abren las puertas que teníamos cerradas, tiene que envenenarle. La pena es que te preocupes, en vez de estar en tus glorias, como lo estoy yo... ¿No vale nada el triunfo de hoy? ¿Qué más quieres, Diego?

DIEGO.—¿Me lo preguntas?... (*Como decidido a ser franco.*) Pues, mira; quiero lo que tuve y perdí: ¡pelea! Quiero volver a empezar otra vez. Lo he conseguido todo... y eso es lo malo. ¡No tener ya nada que desear!

TRANSITO.—¿Y la alegría de vivir tranquilos? (*Con una sonrisa de orgullo.*) ¡Así que no soñaba yo con esto que tenemos: la paz de nuestra casa, el bien de la familia, el porvenir de nuestro hijo!... ¡Bendito sea Dios, que nos lo ha dado!

DIEGO.—(*Indiferente.*) Me explico tu alegría. También yo quisiera sentirme ahora a gusto y pensar: Tengo paz en mi casa, que es mía; he hecho rica a mi familia, que es mía, y he asegurado el porvenir de mi hijo... ¡que es mío! (*Dice la última frase en tono amargo y agresivo. Tránsito se yergue y le pregunta, vibrante de inquietud.*)

TRANSITO.—¿Qué dices?... ¡Explícate!

DIEGO.—(*Que no habla ya para nadie, sino para él mismo.*) ¡Es grande esto de que me entren agonías por lo que hasta aquí no me importaba!... El hogar, la mujer, el hijo... ¿Estoy yo loco, o qué? ¿Qué rabia es ésta de no alegrarme cuando os veo alegres a vosotros, y de no sentir el mismo orgullo que todos los que me rodeáis?

TRANSITO.—Pero... ¿qué dudas te están quitando el juicio?

DIEGO.—¿No pedías que me explicase?... Curro Hurón—¡con todo lo que tú le odias, mujer!—fué quien me abrió los ojos. "Ya es tuyo el mundo, Diego Lopillo. Y ahora, ¿por qué vas a pelear? ¿No se te cuajará la sangre en estos salones de relumbrón, que te costaron sudores de muerte?"... ¡Esta sí que es la gran verdad!

TRANSITO.—(*Que le oye con espanto.*) ¿Así hablas de tu casa, con la que decías que soñabas, y que compraste con el mismo aire que si comprases un trono?

DIEGO.—(*Encogiéndose de hombros.*) ¡Negocio!

TRANSITO.—¿Y tu empeño en la boda de Esteban?

DIEGO.—¡Negocio!

TRANSITO.—¿Y nuestra misma vida, tantos años llena de afanes y de ahogos?

DIEGO.—¡Negocio!... ¡Negocio todo, créelo! ¡Presas para mis manos! Y cuando ya no me quedan negocios que hacer ni presas que agarrar, miro a mi alrededor y no veo más que el vacío. Nunca pensé en esto que ahora me da martillazos en el cerebro. Tantas lágrimas, y tantos odios, y tantos triunfos..., ¿para qué?

TRANSITO.—¿Es verdad lo que hablas? En todo lo que has hecho, ¿no pusiste más que el egoísmo de tus negocios? (*Despiertos en ella los ímpetus dormidos.*) No sé si me asombras... o si me da asco oírte, Diego.

DIEGO.—(*Con sonrisa cínica.*) ¡Asquéate, Bejarana!

TRANSITO.—(*Revolviéndose.*) ¿Eh?... ¿Me insultas?

DIEGO.—¿Ya es insulto nombrarte Bejarana?... ¡Tanto que te gustaba que te llamasen así, en los tiempos buenos, cuando yo te gané... en el negocio más duro de todos los que hice! Novia fachendosa del que me aventajaba en el dinero, y en el poderío, y en los galopes por el campo en mitad de la noche, cuando hasta a la luz se le temía, por si la luz era el fogonazo de un tiro...

TRANSITO.—¡Calla!

DIEGO.—Todo aquello había que ganarlo... Y lo gané. Yo sé bien cómo... y esto de recordarlo sí que es alegría y orgullo. ¡Lo gané! Para mí el poderío, y las jacas garbosas, y la mujer de que el otro presumía. ¡La mujer, para humillarle más, y para que nadie le quitase el mando a Diego Lopillo!

TRANSITO.—Porque yo quise. Sólo queriendo yo pudiste ganar en aquella pelea.

DIEGO.—¿Qué importaba que tú quisieras, Bejarana? ¡Quise yo!... Y a galopar por allá abajo, y tú en el pueblo, esperándome...

Mi gozo de robarle horas al tiempo para estar a tu vera, alerta el oído y la jaca ensillada en el portalón. Y el hijo...

TRANSITO.—¡El hijo, que nunca vió tu mirada sobre su cuna, ni conoció los besos de tu boca!

DIEGO.—Pues ahí tienes al hijo, que va para amo del mundo. Por que lo fuera no se paró nunca a besarle su padre... ¡Su padre! ¡Faltaría saberlo!...

TRANSITO.—(*Horrorizada.*) ¿Cómo?

DIEGO.—(*Atajándola.*) ¡Deja! ¡Si no me importaba!... ¿Me cuidé yo de lo que hicieras en mis ausencias, ni te pedí cuentas por ello?... ¿Negocio hecho? ¡A otro negocio! Tú, en mi casa; ganancia mía... Y a ganar más... El hijo... ¡Bueno! No había tiempo de pensar cómo vino, ni de andar cavilando fechas... ¡Al negocio, Diego Lopillo! Y así hasta hoy; hasta darte un palacio a ti y una novia de rumbo a él. Negocio también, Bejarana. Asegurar ese ferrocarril en el que se van a la Sierra mis dineros, porque de allí salieron y allí han de volver, para multiplicarse entre aquellos peñascos... ¡Negocio, Bejarana!... Y de golpe, se me despiertan los recuerdos y me sube un veneno amargo a la boca. Todo esto... ¿para qué? Mucho gané, ¿verdad?... Pues todo lo cambiaría porque ahora me gritase el corazón: "¡Ese es tu hijo!"

TRANSITO.—¡No hables así!...

DIEGO.—(*Sin oirla.*) "Esa es carne tuya, sangre tuya... Tiene tu bondad y tu maldad. Va a ser tu gloria o tu tormento... ¡pero es tuyo!" Y, en vez de esto que pido, no hay más que un silencio dentro de mí mismo que se me hielan las entrañas. ¡Ya tú ves si es grande, Bejarana! La vida entera sin pensar en esto... y pensarlo cuando os veo felices y no me alegra el alma la felicidad que os doy, ¡tú sabes a qué costa!

TRANSITO.—(*Con todo su arranque de mujer plebeya y brava.*) ¡A costa de sufrir yo tus desprecios y tus arranques de bestia! ¡A esa costa, Diego Lopillo!... ¡Váyase el silencio que te hace penar por el silencio mío de tantos años, penando yo también y sin que tú lo vieses! ¿Qué piensas de mí... y qué esperas de mí? ¿Que te diga que ese hijo?...

DIEGO.—¡Cállate! ¡No iba a creer lo que me dijeras! La verdad no podría decírmela más que mi corazón... ¡y ése no habla! ¡No quiere hablar!

TRANSITO.—¡Faltaría saber si lo tienes!... Y quédate con tu martirio, que yo tengo bastante con el mío. ¿Dudas? ¡Mejor!... ¿Andas ahora buscando la verdad? ¡Que el corazón te la descubra! Y si él no habla, échate a rodar por el mundo hasta que sepas lo

que quieres. ¡De mis labios no has de saberlo! ¡Mira, otra alegría que me da Dios, y que yo no esperaba! ¡La alegría de ver cómo sufres... cuando pensé que no había en ti nada que sintiese dolor!

DIEGO.—¡Calla, te digo!

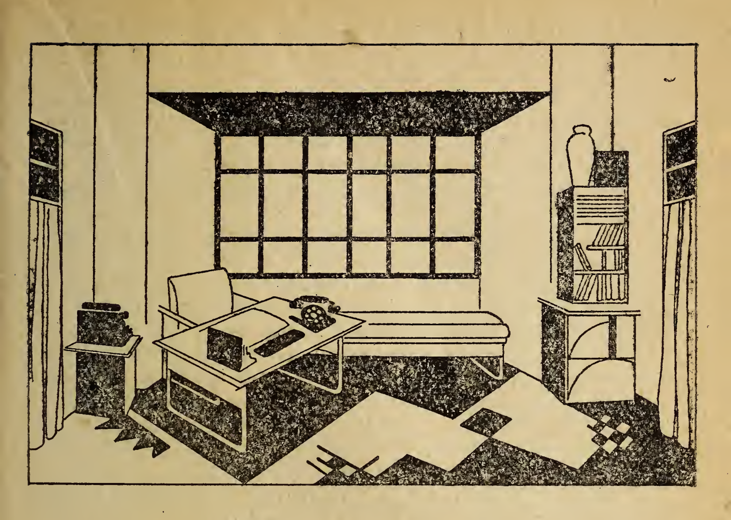
TRANSITO.—¡Callada para siempre! ¡No hablo! ¡Algún negocio habías tú de perder... y alguno había de ganar la Bejarana! ¿Hombre de presa, tú? ¡Mujer de presa, yo!... Mi presa es mi secreto. ¡Quítamela si puedes, Diego Lopillo! ¡Quítamela si puedes!... *(Telón rápido.)*

FIN DEL PRIMER ACTO



ACTO SEGUNDO





Despacho de la casa de Diego Lopillo. Puertas laterales. Grandes ventanas al foro, que dan a un jardín lleno de sol. Todo el mobiliario lujoso y severo. Sobre la mesa, un aparato telefónico. Por la mañana, a los pocos días de transcurrido el primer acto.

(Cuando se levanta el telón está en escena MARCHENA, hombre de veintiocho a treinta años, de aire modesto y asustadizo, empleado en la Banca de Diego Lopillo. Se halla tímidamente sentado sobre el borde de una butaca, el sombrero entre las manos, y mira con asombro a todos los rincones de la estancia. Por la izquierda sale RAFAELA, en sencillo traje de casa.)

RAFAELA.—(*Al salir.*) Marcheniya, hijo, ¿eres tú?

MARCHENA.—(*Levantándose rápidamente y acudiendo a saludar a Rafaela.*) ¿Cómo está usted, doña Rafaela?

RAFAELA.—Tan buena que estoy, ya me ves. ¿Y tu madre?

MARCHENA.—Ahí va tirando, con sus achaques y sus aprensiones. No anda del todo mal, aunque ella cree que el frío la mata. Lo que yo la digo: Poco daño y bien quejado.

RAFAELA.—La he de visitá antes de marcharme a Arcolea. Ya sabéis vosotros que os quiero de verdá.

MARCHENA.—¿Qué va usted a decirme, doña Rafaela? ¡Así que no le estamos agradecidos mi madre y yo por todo lo que ha hecho por nosotros!...

RAFAELA.—Yo no hise na, que to fué cosa de mi Diego. Ya él me ha dicho que tú te aplicas y vas abriéndote paso en la oficina. ¿Vienes a verle? Ahora sale. Está acabándose de vestí... Quitándome a mí, él es er que madruga más en la casa. (*Con alguna inquietud.*) Dime: ¿ocurre argo, pa que tú vengas aquí, y tan temprano?

MARCHENA.—(*Que procura disimular su agitación.*) No, señora, no... Asuntos de la Banca.

RAFAELA.—Es que te noto así, nervioso, que cuarquiera creería que te iba a da un insurto... ¿Has tenío bronca con los jefes?

MARCHENA.—De ningún modo. No es cosa mía, doña Rafaela.

RAFAELA.—Más vale, que me habías asustao, Marcheniya. Y es que en este Madrí vive una sobresartá. (*Por la izquierda sale DIEGO LOPILLO, en traje de calle y tan bien plantado como siempre.*)

DIEGO.—(*A Marchena.*) ¿Qué hay, tú? (*A Rafaela.*) Buenos días, madre.

MARCHENA.—(*En pie, muy respetuoso.*) Don Diego...

RAFAELA.—(*A Diego.*) Aquí estaba haciéndole compañía a Marchena, que siempre me alegra verle tan formalito.

DIEGO.—(*A Marchena.*) ¿A qué vienes?

MARCHENA.—Me envía el señor Agramonte, el secretario general.

DIEGO.—(*Volviéndose a Rafaela.*) ¿Te dieron el desayuno, madre Rafaela?

RAFAELA.—(*Comprendiendo.*) Sí, hijo... Pero ya me marcho y os dejo solitos. Adiós, Marcheniya. Que sigas trabajando. Y expresiones a tu madre, que repito iré a verla una tarde de estas... Con Dios... (*Se va por la izquierda. Antes de salir mira, intrigada, a Diego y a Marchena, y murmura:*) (Argo hay. ¡Tengo yo mucho orfato!) (*Se marcha.*)

DIEGO.—(*A Marchena, apenas se fué Rafaela.*) ¿Qué?...

MARCHENA.—(*Bajando la voz, y con una agitación y un susto que no se le van hasta que hace mutis.*) Un enredo, señor Lopillo... La policía está en la Banca.

DIEGO.—(*Súbitamente sobresaltado.*) ¿Cómo?... (*Serenándose, con pleno dominio de su voluntad.*) A ver, explícate.

MARCHENA.—Se presentaron un inspector y seis agentes esta mañana, antes de que llegase el personal. Reclamaron a alguno de los jefes, y el conserje avisó al secretario general. Cuando acudió

el señor Agramonte se encerraron con él y acordaron distribuir a los agentes por los negociados, como si fuesen empleados nuevos. Así nos dijeron a nosotros... Y han puesto otro agente en la centralita telefónica para que sea él quien atienda a las llamadas.

DIEGO.—(*Que ha oído a Marchena con mucho interés y mucha sorpresa.*) Pero, ¿a qué obedece todo eso?

MARCHENA.—Una calumnia, don Diego... ¡Tiene que ser una calumnia!... Yo sé muy poco. A mí me manda el señor Agramonte, visto que ni él ni ningún jefe puede salir de allí, ni hablarle a usted por teléfono sin que la policía se entere. Creo que han descubierto una falsificación de billetes de veinte duros.

DIEGO.—(*Fríamente.*) ¿Y qué?

MARCHENA.—Pues que dicen que esos billetes salen de la Banca de Cooperación... ¿Le parece a usted qué infamia?... ¡Alguien que quiere destruir nuestro crédito!...

DIEGO.—(*Sereno, después del primer sobresalto.*) ¿El tuyo también?... ¡Bah! Un error, sin duda. Trapacerías de cualquier enemigo... ¡Ya lo descubriremos!

MARCHENA.—Lo malo es el escándalo. Naturalmente, el personal sospecha que pasa algo raro, aunque a nadie le han dicho ni palabra... Unicamente a mí, que no sabe lo que le agradezco esta confianza. Claro que ya saben que yo soy para ustedes un perro fiel...

DIEGO.—(*Atajándole.*) Bien, bien... No hay que alarmarse... ¿Qué ha dispuesto Agramonte?

MARCHENA.—Nada, señor Lopillo. Está un poco asustado... Espera a que yo vuelva con órdenes de usted.

DIEGO.—¿Y qué voy a ordenar sino que se den a la autoridad todas las facilidades, sin resistencia de ningún género? Toda la Banca está a su disposición. Que se haga arqueo, que examinen los libros, que vean los depósitos, que registren hasta el último rincón del edificio... ¿Comprendes?

MARCHENA.—Sí, señor, sí....

DIEGO.—Estamos dentro de la ley, y hay que obedecerla y ayudarla. ¡No faltaba más!... Yo iré allí ahora mismo.

MARCHENA.—Con su permiso, don Diego... El señor Agramonte dice que, como de la Banca no dejan salir a los jefes, si usted va y le retienen hasta que todo se averigüe..., pues, claro, cualquier gestión que haya que hacer por fuera...

DIEGO.—(*Seguro de que nada hay que temer.*) ¡Vamos!... ¡Se asusta muy pronto ese hombre! (*Con risueña ironía.*) ¡Ni que

también pensara él que, en efecto, en mi casa se falsifican billetes! Aguarda un momento... (*Va al teléfono que hay sobre la mesa y establece una comunicación.*)

MARCHENA.—Como usted disponga.

DIEGO.—(*Al teléfono.*) Oiga... ¿Banca de Cooperación?... Aquí, el señor Lopillo... Póngame con la Secretaría general... (*Pausa.*) ¿Secretaría?... Lopillo, sí. ¿Quién está al aparato?... ¿Un inspector?... ¿Que va a hablarme el señor comisario?... Bien; a sus órdenes... (*Otra breve pausa.*) Sí, sí; soy yo... Algo me han dicho... En efecto, muy desagradable... Indudablemente, es una equivocación... ¿Usted cree?... ¡No es posible!... No, no; yo soy el primer interesado en que se aclare todo... Pero, ¿está cierto de que es ahí?... Yo estoy a su disposición... ¡Ya lo supongo!... Iré, sin embargo... ¿Que no debo ir?... Lo que usted quiera... Muy agradecido... Eso, no; como sea y contra quien sea... Todo el personal obedecerá a ustedes... Claro, sí; lo único lamentable sería el escándalo... A pesar de todo insisto en que hay un error... Desde luego; sin consultarme... Yo veré al director general... Sí, iré a la una; mientras, aquí estaré, en casa, y a cualquier aviso iré donde dispongan... Pues yo no puedo creerlo... Muchas gracias... Muy bien. (*Mientras Diego habla por teléfono, en su rostro han de irse reflejando las varias impresiones que le producen las noticias que recibe: sorpresa, asombro, enojo, angustia, seguridad de que nadie puede acusarle, inquietud ante un peligro insospechado... Entre tanto, Marchena sigue ansioso y nerviosísimo la charla de Lopillo, queriendo adivinar por el gesto de su jefe la verdad de lo que ocurre. Cuando, por fin, cuelga Diego el aparato, hay una honda y grave pausa. Marchena apenas si se atreve a respirar. Lopillo, en pie, ante la mesa, medita y habla a media voz, sin pretender disimular su preocupación.*) No... ¡Imposible!... ¿Quién, señor?... ¿A quién puede aprovecharle esto?... (*La arruga de su frente se hace más profunda. Luego, algo relampaguea en su mirada.*) ¡Como él no lo averigüe!... (*Ya con más reposo se fija en Marchena, al que parecía haber olvidado, y le dice:*) Vuelve a la Banca, Marchena.

MARCHENA.—Sí, señor...

DIEGO.—Que se cumplan mis órdenes... Di al señor Agramonte que no ponga ningún obstáculo, porque nada en absoluto puede alcanzarnos a nosotros.

MARCHENA.—Perfectamente.

DIEGO.—Ya ves que yo estoy tranquilo. Todos deben estarlo.

(*Marchena va a irse por la derecha.*) Aguarda... (*Se detiene Marchena, y Diego, luego de una vacilación, le dice:*) ¿Sabes dónde vive el señor Hurón?

MARCHENA.—¿Don Curro?... Al final de Zurbano; cerca de aquí.

DIEGO.—Ve a su casa antes de irte a la oficina. Le encontrarás allí, porque aun es temprano. Que venga a verme en el acto... Tomás un coche, ¿eh?...

MARCHENA.—Sí, señor... ¿Algo más?

DIEGO.—Que nadie pierda la calma; eso es lo más importante. Anda con Dios, Marchena.

MARCHENA.—Muy buenos días. (*Se va Marchena por la derecha. Diego Lopillo, solo ya en escena, no oculta su inquietud.*)

DIEGO.—El puede haber advertido algo... Es hábil, lo husmea todo, y, puesto sobre aviso..., ¿quién va a ser más leal?

(*Por la izquierda llega RAFAELA. Diego no advierte su presencia. Ella se le acerca silenciosamente y le pregunta.*)

RAFAELA.—¿Te pasa argo, hijo?

DIEGO.—(*Volviéndose inquieto.*) ¿Qué?... (*Reprimiéndose.*) ¿Eres tú, madre Rafaela?

RAFAELA.—Yo soy. Me tiene preocupá ese muchacho, Marcheniya... ¿Te ha hecho arguna faena?...

DIEGO.—No. ¿Por qué?

RAFAELA.—Que me ha dao mala espina su visita. Le vi de yegá to soliviantao, y no sé por qué me dije: "¡A ve si ese niño nos ha salío por los serros de Ubeda!..."

DIEGO.—No tengas miedo. Marchena es un buen chico, y no hay queja de él.

RAFAELA.—Es que como yo conosí a su padre, y tú también, y er que lo hereda no lo roba... Que ya sabemos cómo las gastaba Marchena el viejo, que, cuando no podía haserle una fuyería a arguien se las hacía él con las cartas, en los solitarios... En fin, más vale equivocarse. Aunque, desde luego, ninguna notisia buena te ha traído er moso, porque tienes una cara como ar que le deben y no le pagan.

DIEGO.—Pues no hay motivos. Son preocupaciones del negocio.

RAFAELA.—Ya, ya... ¿De qué iba a se si no? (*Tras una pausa.*) ¿Es que no quieres franquearte conmigo?

DIEGO.—¿A cuenta de qué me voy a franquear? Tú no entiendes de estos asuntos. que son muy complicados, madre.

RAFAELA.—Ya hay mucho tiempo que no te veía con er gesto tan

agrio... Desde aqueyos años de atrás... ¿Te acuerdas, Dieguiyo de mi arma? ¡Desde entonces! ¡Ya ha yovío!...

DIEGO.—Y ha vuelto a secarse el agua, madre. Mis cavilaciones de ahora no pueden nunca ser como aquéllas.

RAFAELA.—¡Grasias a Dios!

DIEGO.—Gracias a El... Lo de antes pasó, y no hay ni que recordarlo. ¿Tú te enteras bien, madre Rafaela?

RAFAELA.—Fíjate si yo me alegro... Tú estás siempre en lo sierto, hijo. De lo pasao ni acordarse. A los "trunfos" de ahora..., ¡y que duren, Dieguiyo!

DIEGO.—Durarán.

RAFAELA.—¿Sales con tu mujé y tu hijo?

DIEGO.—(*Sorprendido.*) ¿Yo? No... ¿Dónde van ellos?

RAFAELA.—Están aguardando a la novia y ar tiriya de tu consuegro.

DIEGO.—No me dijeron nada.

RAFAELA.—¿Quién te lo va a desí, si yo no he visto hombre que hable menos con la familia que tú?... Unicamente a mí me dejas darte conversación argunas veses... Pos, sí; van de compras. A gastá dinero, que pa eso es reondo... Yo no voy con eyos. No le gusta a tu mujé que vaya. (*Con retintín.*) ¡Soy yo muy ordinaria!...

DIEGO.—Lo que pasa es que a ti tampoco te agrada acompañarlos.

RAFAELA.—En tu vida has dicho una verdá más grande. Esta boda que habéis preparao es muy ventajosa, ¿no? Es naturá que estéis contentos... Pero, hijo, pa mí, las bodas como en nuestra tierra. Con buya, con juerga y con cañas... Y eso no lo gasta la gente prinsipá. Tos conformes y alegres; pero, por fuera, tos más tiesos que postes. Y por eso yo me meto en mi cáscara, como er caracó. Vaya, que no contéis conmigo... La verdá es que tú, no sé; pero los demás, bien poco cuentan.

DIEGO.—(*Impaciente.*) ¡Ya empiezas con tus quejas de siempre!

RAFAELA.—¡Dios me libre! Ca uno hase su gusto, y er mío es ir por mi caminito, y que los otros vayan por el suyo. ¿No estás de acuerdo?

DIEGO.—(*Un poco aburrido.*) Sí, madre, sí... (*Por la derecha llega CURRO HURON, que pregunta desde la puerta:*)

CURRO.—¿Hay lisensia?

DIEGO.—Pasa, Curro.

RAFAELA.—Día de besamanos. To se vuerven visitas.

DIEGO.—(*A Rafaela.*) Le mandé yo venir. Déjanos solos.

RAFAELA.—Dejaos. (*A Curro.*) Curriyio, te saludo y me marcho.

CURRO.—¿Por mí, comadre Rafaela?

RAFAELA.—Porque este despacho no es mi sitio. Claro es que tampoco es er tuyo... y aquí estás. Con Dios... (*A Diego.*) ¿Quieres argo, Diego?

DIEGO.—Lo que te he dicho.

RAFAELA.—Que me largue. Ya estoy en eyo, hombre. (*Se va por la izquierda.*)

CURRO.—(*Apenas se ha ido Rafaela.*) Sin resueyo vine, Diego Lopillo. Na más resibí tu rasón tomé er galope, y aquí me tienes. ¿Qué pasa?

DIEGO.—(*Que ha cerrado las puertas.*) Siéntate.

CURRO.—Bueno. (*Se sienta.*) Y, dime una cosa: ¿me mandas vení corriendo por el gusto de que me siente, o me mandas sentarme porque sabes que he venío corriendo?

DIEGO.—Estás de buen humor, ¿eh? Me alegro, Curro Hurón, porque tú, mientras más contento, más aguzas esa inteligencia que tienes.

CURRO.—(*Risueño.*) ¡Malo!... ¿Empiesas con piropos? ¡Argo me vas a pedí, Lopiyo!

DIEGO.—Puede que aciertes.

CURRO.—(*Curioso.*) ¡Acaba de una vez!

DIEGO.—¿Tú sabes quién está ahora mismo en la Banca?

CURRO.—¿Er ministro de Hasienda?

DIEGO.—¡Sin chuflas!.

CURRO.—Hombre, no creo que sea un desatino muy grande. Tú tienes podé hasta pa que los ministros te hagan er "rendivú". En fin, ¿quién está?

DIEGO.—La policía.

CURRO.—(*Poniéndose en pie de un salto.*) ¡Sopla!

DIEGO.—(*Fríamente.*) No soples, que todavía no hay fuego.

CURRO.—(*Con mucha zozobra.*) Pero, oye..., ¿a qué?... (*Y mira a todas partes, cual si temiera que también aquí entre la policía.*)

DIEGO.—(*Mirándole fijamente, porque le sorprende la agitación de Curro.*) ¿Tú no te lo imaginas?

CURRO.—(*Como protestando.*) ¡Yo qué me vi a figurar!...

DIEGO.—(*Sin dejar de mirarle.*) No sé qué historia de billetes falsos... Un lío que me buscan, ¿sabes? Alguien que quiere mi ruina... ¿Te enteras, Curro Hurón? (*Curro, pálido, tiene fuerzas, sin embargo, para mantenerse impasible.*) ¿Te das cuenta de lo que eso significa? ¡La policía en mi Banca!...

CURRO.—(*Que, poco a poco, sin ningún aspaviento, como si se escurriera, desvía la mirada de la de Diego.*) ¿Y estás asustao?

DIEGO.—¿Yo asustarme? ¿Por qué me tengo yo que asustar?

CURRO.—Tú sabrás, Lopiyo.

DIEGO.—No la policía, el ejército español en masa puede entrar allí sin que yo me preocupe.

CURRO.—Norabuena... Pero si no te preocupas, y hases muy bien, ¿qué es lo que se te ofrese? ¿Quieres que me eche yo a cavilá por cuenta tuya, o qué?...

DIEGO.—Quiero que tú me ayudes a averiguar de dónde salió ese embuste, si es embuste, o quién va contra mi crédito, si, como dice la policía, lo que ella supone tiene algún fundamento.

CURRO.—Pero la polisía ¿no lo ha comprobao?

DIEGO.—En eso anda ahora.

CURRO.—Pos déjala a eya, que tiene la obligasión, y no me metas a mí en baruyos.

DIEGO.—(*Volviendo a mirarle, ahora con inquietud amenazadora.*) ¿Te niegas, Curro?

CURRO.—Es que no veo por qué voy yo a mezclarme...

DIEGO.—Porque yo te lo pido... Fíjate en que digo: "Te lo pido", en vez de: "Te lo mando".

CURRO.—Da lo mismo. Tú eres de los que con sólo pedí ya mandas. Y no hay sino obedeserte sin rechistá.

DIEGO.—Eso quiero: que me obedezcas.

CURRO.—¿Has pensao si te conviene?

DIEGO.—¿No ha de convenirme?... Afortunadamente, nada tengo que ocultar. (*A un gesto de Curro.*) ¿Lo dudas?... ¿Por qué te callas? ¿Crees que temo algo?

CURRO.—Ayá tú... Pero, por si acaso, ¡no ahondes!

DIEGO.—¿En qué?

CURRO.—En esos líos. ¿Quieres un consejo? Ya mismo estás buscando el modo de que la polisía te deje tranquilo y no intervenga en tus asuntos.

DIEGO.—¿Y a mí qué me importa, si todos son lícitos y claros como la luz del sol?

CURRO.—(*Muy persuasivo.*) Hasta er sol tiene manchas, aunque no las veamos, deslumbraos con su resplandó. Tos los negosios están muy limpios y muy en orden, ¿verdad?... Que estudien, que revuervan... Y a lo mejó se ha quedao un hiliyo, na más que un hiliyo, y se tira de él y sale la madeja..., y con la madeja la maraña y ya la habemos enredao. No ahondes, Diego. Con la justisia, pocas gromas.

DIEGO.—No me inquieta la justicia. Todo mi afán fué siempre no tropezar con ella.

CURRO.—Por eso no tendría grasia que no habiendo trompesao antes, cuando pudo habé motivo, resbalases ahora, ya tranquilo y a sarvo de tantas cosas.

DIEGO.—Nunca existió ese peligro. De haber existido, con tanta pelea como tuve y tanto malvado en mi camino, ¿hubiese llegado yo hasta aquí? La ley asusta sólo al que no la conoce, al que cuando la nombra piensa nombrar lo más fiero del mundo. Conociéndola—y yo la conozco bien desde hace mucho tiempo, y a ti te consta—, se ve lo fácil que es hacerle regates.

CURRO.—Me das la razón. ¿Qué te aconsejo yo sino un regate más?... No te conviene tené en tu casa la gente que dises que hay ahora ayí... Y mira que no hablo por mí, pudiendo hablá, porque no tos habemos tenío la suerte de arreglá bien las cuentas. Eso sería lo malo. Que buscando a tu vera trompesasen conmigo..., lo cual sería como darse también de boca contra ti. ¿Te acomoda eso? Piénsalo un poco.

DIEGO.—¿Me amenazas, Curro Hurón?

CURRO.—Te prevengo, Diego Lopiyo. ¡No ahondes! Y, sobre to, no pienses en que yo arrime las manos a esa candela. Tranquilo vivo ahora yevando en la cartera la sédula y en la consiensia el indurto... Pos, por precausión, en cuanto veo argo que güele a autoridá, me echo a un lao, me escondo un poquito y lo dejo que pase. Haz tú lo mismo, Diego.

DIEGO.—Siempre fuiste un cobarde, que andabas huyéndole a la luz del día.

CURRO.—Verdá que sí. De noche se camina mejó... Así habemos caminao tú y yo muchas veses, ¿te acuerdas? Y con to y con eso, yo me escurría de vez en cuando y daba con los güesos donde tú no has dao nunca...

DIEGO.—¡Y de donde yo te sacaba con mis dineros! (*Mirándole con muy mala sangre.*) Eso quiere decir que no me ayudas...

CURRO.—Sí, te ayudo, hombre. Te ayudo dándote un buen consejo, que tú debes seguí. ¿No comprendes, Diego Lopiyo, que lo prinsipá es que nadie escudriñe er pasao?... ¿No ves tú?... (*Se calla bruscamente porque han sonado unos golpes en la puerta de la derecha.*)

DIEGO.—¡Aguarda!... (*Alzando la voz.*) ¿Quién llama?

ANDRES.—(*Dentro.*) Señor...

DIEGO.—Pasa. (*Se abre la puerta y aparece ANDRES, el criado, que dice, sin avanzar.*)

ANDRES.—Perdone el señor... Han llegado el señor marqués y la señorita Elvira.

DIEGO.—¡Bien! ¿Y se les ha hecho esperar? ¡Que pasen en seguida! (*Se retira Andrés, y Diego dice a Curro.*) Márchate, Curro. Luego te buscaré y ultimaremos esto.

CURRO.—¿No me dejas que salude a tu nueva familia?

DIEGO.—No saludes a nadie. Te has vuelto tú muy fino.

CURRO.—¡Vaya por Dios! Está visto que nunca puedo quedá como un cabayero. Hasta después. (*Va a irse por la derecha y Diego se lo impide.*)

DIEGO.—No, no... Sal por ahí. (*Indicándole la puerta de la izquierda.*)

CURRO.—¿Temes que los contagie?... Que te diviertas. (*Se va.*)

DIEGO.—(*Viéndole marchar.*) O no sabe nada o sabe demasiado... ¡A Curro Hurón no se le conoce nunca! (*Se acerca a la puerta de la derecha y saluda a ELVIRA y al MARQUES DE LOS LEBRELES, que entran por allí. Vienen de la calle.*) Usted perdone, señor marqués... ¿Cómo estás tú, Elvirita?

ELVIRA.—Tan contenta. ¿Y usted, don Diego?

DIEGO.—Ya me ves. (*ANDRES, que acompañaba a los recién llegados, se ha quedado en la puerta, y Diego le dice:*) Avisa a la señora y a mi hijo. (*Andrés cruza la escena y se va por la izquierda.*) Este mozo aún no se ha enterado de que ustedes son de casa...

MARQUES.—No tiene importancia. Nos dijo que estaba usted ocupado con ese señor... don Curro Hurón...

DIEGO.—Sí; charla de amigos... (*A Elvira, para desviar la conversación.*) Supongo que Tránsito estará dispuesta. Ya sé que vais de compras.

ELVIRA.—Sí, señor; a elegir unos muebles.

MARQUES.—¡Las plumas del nido, amigo Lopillo!

DIEGO.—Justamente... (*A Elvira, fingiendo buen humor.*) Mira, hija; procura tú que Esteban no me desplume mucho.

ELVIRA.—(*Riendo.*) ¡Ande, roñoso! (*Por la izquierda llegan TRANSITO, con abrigo de piel y sombrero, y ESTEBAN, dispuesto también para irse a la calle.*)

TRANSITO.—(*Al salir.*) No hemos tardado, ¿verdad? (*Saludando.*) Hola, Elvira. ¿Cómo vamos, Lebreles?

MARQUES.—(*Besándole la mano.*) A sus órdenes, señora.

ELVIRA.—(*A Esteban, que también acudió a saludarlos.*) ¡Vaya perezoso! ¡Mira que madrugar yo más que tú!...

ESTEBAN.—No lo creas. Fué mamá la que se retrasó. Yo hubiese ido a buscaros mucho antes.

DIEGO.—(*A Elvira.*) ¿A qué mueblista vais?

ELVIRA.—A Santamaría, el de la calle de Jovellanos. Tiene cosas magníficas.

MARQUES.—(*A Diego, riendo.*) ¡Le despluman a usted!

TRANSITO.—(*Al Marqués.*) No hay cuidado, que yo voy de jefe de aduanas. (*A Esteban y Elvira.*) ¿Vamos?

ESTEBAN.—Cuando tú digas.

MARQUES.—(*A Tránsito.*) Calculo que a mí no me necesitarán ustedes. (*A Diego.*) Así no me hago cómplice, y mientras vuelven me quedo con usted fumando un cigarrillo, si no le trastorno.

DIEGO.—¡Encantado!

TRANSITO.—(*A los novios.*) Pues andad vosotros. (*A Diego, al que hasta ahora no se dirigió.*) Nos llevamos el coche.

DIEGO.—Bien.

ELVIRA.—Hasta después.

MARQUES.—Y prudencia, prudencia, que Santamaría se da mucho arte para conquistar a la clientela. (*Se marchan por la derecha Tránsito, Elvira y Esteban. El Marqués y Diego los despiden en la puerta y vuelven luego al centro de la escena.*)

DIEGO.—Tome asiento, marqués. (*Coge de la mesa un estuche de cigarros y le ofrece.*) ¿Habanos o egipcios?...

MARQUES.—(*Tomando un cigarrillo.*) Habano. Yo soy un buen patriota y sigo creyendo que Cuba es española.

DIEGO.—(*Un poco brusco.*) Patriotismo de hace cincuenta años.

MARQUES.—De mi época, Lopillo. De cuando nuestro país era grande y fuerte, y había en todo más sensatez... y más formalidad. ¡Ay, entonces éramos bastante formales!...

DIEGO.—Eso prueba que yo he acertado uniéndome a usted para el desarrollo de nuestros planes. Así demuestro que me agrada la gente seria.

MARQUES.—Evidente. Con seriedad se llevará todo a buen término. Con seriedad... y sin precipitaciones. Usted no tiene más defecto que ser un poco impaciente.

DIEGO.—No puedo remediarlo. Creo que, en los negocios, la rapidez es un factor importantísimo. ¡Algunos realicé yo por adelantarme en minutos, nada más que en minutos, a quienes me los disputaban!

MARQUES.—En el caso de ahora no hay peligro de que nadie se nos adelante.

DIEGO.—Pues a mí me parece que vamos despacio. Y no por mi parte, que lo tengo todo hecho. Lo que falta es lo suyo. ¿Qué noticias me da de sus gestiones? ¿Cuál es la disposición del Gobierno?

MARQUES.—¿No le he dicho mil veces que es cosa resuelta?

DIEGO.—Resuelta, sí; conformes. Pero, ¿cuándo?...

MARQUES.—Vea usted cómo es cierto que se impacienta y quiere precipitar las cosas. Ellas vendrán cuando deban venir, Lopillo. Y no hay más que hablar.

DIEGO.—(*Un tanto alterado.*) Sí hay que hablar, señor marqués, porque yo he comprometido en esto casi toda mi fortuna y es natural que vigile mi negocio.

MARQUES.—(*Con su sonrisa suave de hombre de mundo.*) Me parece muy bien. Vigile su negocio, mi querido amigo, que nadie ha de oponerse. (*Y añade, todavía con más suavidad, y tras una brevísima pausa.*) Como usted no se opondrá a que yo vigile el mío.

DIEGO.—¿Cuál es el suyo?

MARQUES.—El mismo de usted..., pero visto desde el lado contrario. ¿No me entiende?... Es fatigoso hablar con demasiada crudeza, porque yo no quisiera herirle.

DIEGO.—¿A mí? En cuestión de negocios no me puede herir más que el perderlos. ¡Venga esa crudeza, que yo la pido siempre que ande mi dinero por medio! Hable usted sin rodeos, Lebreles.

MARQUES.—(*Resuelto a hablar, aunque visiblemente azorado.*) Pues... sin rodeos. Usted lo tiene ya todo dispuesto y aguarda la concesión de las obras a la sociedad que se ha formado y de la que será usted, no ya el primero, sino casi el único accionista.

DIEGO.—También soy el único que arriesgo.

MARQUES.—Y será el único que gane...

DIEGO.—Y usted.

MARQUES.—¿Yo?... Hasta ahora, ¿qué tengo yo en esta empresa? Su palabra, ¿verdad? Pero la palabra de un millonario aún no se cotiza en Bolsa. (*Advirtiendo que Diego le mira, descompuesto.*) No se altere usted, por favor, porque fué usted el que me rogó que hablase. Si mañana, hoy mismo, logro yo, según mi compromiso, que el Gobierno obtenga de las Cortes la concesión de ese ferrocarril y les encargue a ustedes las obras..., ¿cuál será mi ganancia?

DIEGO.—Señor de los Lebreles, usted ya sabe lo que ha de ganar,

porque le he dado mi palabra, y la palabra de Diego Lopillo, si no se cotiza en Bolsa, dada aquí, en mi casa y de cara a un hombre, tiene todo el valor de un cheque con mi firma. ¿No le basta contar así con mi ayuda? ¿A qué me he comprometido yo que no lo cumpla..., o que no esté dispuesto a cumplirle? Este negocio—fíjese en que empleo palabras suyas—es prenda de la alianza de nuestras familias.

MARQUES.—¡Exacto! Y yo espero a realizar esa alianza... Casemos a los muchachos, y después... Va usted comprendiendo, ¿verdad?

DIEGO.—(*Que se ha puesto en pie y apenas puede ya contener sus ímpetus.*) ¡Comprendo, marqués! Comprendo que quiere usted... "amarrar la ganancia". No encuentro frase mejor.

MARQUES.—La admito. Usted no se puede asombrar de que yo busque mis garantías. Me ha dicho alguna vez que es usted hombre de lucha, hombre de presa..., y sabe de sobra que en una vida inquieta, agitada por mil turbulencias, los buenos propósitos de hoy pueden resultar fallidos mañana.

DIEGO.—(*Con asco, con desprecio y con rabia.*) Tiene usted razón, y está en su derecho al proceder así. Pero..., óigame usted: Hombre de presa he sido, y hombre de presa soy, y no habrá ninguna que se me escape si tiendo hacia ella mis manos. (*Y las extiende hacia el Marqués con tan enérgico ademán que el aristócrata retrocede un poco.*) Conviene que no olvide esto. Y no olvide tampoco que no aquí, en este despacho suntuoso, fumándose unos cigarrillos y ante un caballero de la alcurnia de usted, sino allá en mi tierra, Dios y yo sabemos por qué caminos y entre qué gente, que se lo jugaba todo, hasta la piel, por una hogaza o un billete, cuando Diego Lopillo ofrecía una cosa respondía de ella con su vida y era capaz de cobrarse en la vida de otro si aquel otro dudaba de su palabra. ¡Palabra de un hombre de presa, que es quizá más firme que la de un simple hombre honrado!

MARQUES.—(*Sobrecogido por la energía y la dureza con que ha hablado Diego.*) Yo no quise ofenderte...

DIEGO.—A mí no me ofende nadie. Esa ventaja llevo... En los negocios no hay ofensas. Y este negocio tengo que terminarlo, porque me conviene, porque acaso sea el último que emprenda... y porque no dejo yo de hacer mi voluntad por una estupidez de amor propio. Estamos de acuerdo, señor marqués. Se casarán los muchachos, y, luego, cuando esta alianza que tanto me honra (*Con amarga ironía*) no pueda ya romperse, concluiremos lo nuestro. ¿No era esto lo que pretendía?

MARQUES.—Siempre fué usted un hombre inteligente. Para los dos era ventajoso saber a qué atenernos. Por precaución, o por egoísmo, es igual, yo debía prevenirme.

DIEGO.—No se hable más de esto. Amigos, ¿verdad? Nos interesa a usted y a mí ser amigos. Y no tema que vuelva a sentir impaciencias. Voy aprendiendo a saber esperar, sobre todo cuando sé que, tarde o temprano, yo he de ser el que triunfe. ¿No ve usted que tengo medios y armas para todo? (*Advirtiendo que el Marqués se dispone a irse.*) ¿Se marcha ya?

MARQUES.—(*Que está muy desasosegado.*) Sí; esas compras se prolongan demasiado, y necesito volver a casa. (*Se encamina hacia la derecha, acompañado por Diego.*) No se moleste. Ya sé el camino...

DIEGO.—Deje, marqués, que siempre gusta a un hombre humilde, como yo, hacer los honores a tan noble señor como usted. Confío en que nos veremos esta tarde... (*Se van por la derecha Diego y el Marqués de los Lebreles. Casi al momento llegan por la izquierda RAFAELA y PATRO. Esta viene de la calle y no oculta su intranquilidad.*)

RAFAELA.—(*Cuando sale, a Patro.*) Me parese que tu padre se fué de aquí hace mucho rato. Fíjate; también mi hijo ha salío. Me han dejao la casa más sola que la una.

PATRO.—Me choca esto, doña Rafaela. El vino aquí llamado a toda prisa por don Diego

RAFAELA.—Lo sé. En este despacho me los dejé platicando...

PATRO.—¿Dónde estará?

RAFAELA.—¿Quién?

PATRO.—Mi padre.

RAFAELA.—¡Echale gargos a Curro Hurón! ¡Así que no trota él poco!...

PATRO.—Pero es que me dijo que le aguardase en casa.

RAFAELA.—(*Burlona.*) ¡Y mira qué bien le has obedesío, mujé!

PATRO.—Porque estoy impaciente. Además, ya es muy tarde y tengo que ir a la oficina, para que no me pongan falta.

RAFAELA.—¿Pos tienes más que echá a corré, criatura?

PATRO.—(*Que no se resuelve a marcharse.*) Sí que me voy... Pero si mi padre volviese por aquí, ¿querrá usté decirle que le vine a buscar?

RAFAELA.—¿Por qué no? Vete tranquila, que si viene y lo veo le daré el recaíto. Y anda pa el escritorio, que la obligasión es lo primero. (*Por la derecha vuelve DIEGO LOPILLO.*)

PATRO.—(*Azorada al verle.*) Don Diego...

RAFAELA.—(*A Diego.*) ¡Escucha!... ¿Todavía estás aquí? Me has dejado mal, hijo. Acababa de desir a Patrosinio que también tú habías tomao er portante.

DIEGO.—(*A Patro.*) ¿Me buscabas a mí?

RAFAELA.—Buscaba a Curro Hurón.

DIEGO.—Se fué hace tiempo.

RAFAELA.—Eso le he dicho yo.

DIEGO.—(*A Patro.*) Y tú, ¿cómo no estás en la Banca?

PATRO.—Ahora mismo iba.

DIEGO.—No me gusta que te retrases, ya lo sabes. Por lo mismo que eres cosa mía, como si dijéramos, conviene que no des mal ejemplo a los empleados.

PATRO.—Nunca lo doy, don Diego.

DIEGO.—Hoy sí lo darás. Precisamente el día en que no quisiera yo que faltase de allí nadie. Márchate a escape, Patro.

PATRO.—(*Muy avergonzada.*) Sí, señor... Con su permiso... Adiós, doña Rafaela... (*Cuando Patro va a irse por la derecha entran por allí TRANSITO y ESTEBAN.*)

TRANSITO.—(*Al entrar.*) Aquí estamos de vuelta. (*A Patro.*) Hola, muchacha. (*A Diego.*) Nos dijo el portero que se había ido el marqués, y dejé a Elvira el coche para que la llevase. ¿Lo necesitabas tú? Volverá en seguida.

DIEGO.—(*Secamente.*) Es igual. (*Esteban se ha detenido a hablar con Patro en la misma puerta de la derecha.*)

PATRO.—(*A Esteban, a media voz.*) Voy a la Banca. Ve tú allí... Hace falta que vayas.

ESTEBAN.—(*Sorprendido.*) ¿Pues?...

PATRO.—No dejes de ir, que te aguardo.

DIEGO.—(*Que ha seguido con recelo la breve charla de los dos jóvenes.*) ¿No te ibas, Patro?

RAFAELA.—(*A Patro.*) Sí, mujé; lárgate... ¡Josú, qué pocas ganas de trabajá tienes tú hoy! Tendré yo que dejarte en medio de la caye, pa que no te entretengas otro ratito en er saguán... Anda, criatura. ¿Ves lo que trae vení de visita por la mañana?...

PATRO.—Muy buenos días. (*Se va Patro, con Rafaela, por la derecha.*)

DIEGO.—(*A Esteban.*) ¿Qué hablaste tú con la niña de Curro Hurón?

ESTEBAN.—(*Indiferente.*) ¿Yo?... Nada. Nos saludábamos.

DIEGO.—Mucho misterio empleáis en los saludos. Para otra vez

os saludáis en voz alta, que yo lo oiga. (*A Tránsito, que ya iba a hacer mutis por la izquierda, le sorprende y le alarma el tono de Diego y vuelve sobre sus pasos para preguntar.*)

TRANSITO.—¿Qué ocurre?

DIEGO.—(*Brusco.*) ¿No lo oyes? Reprendo a Esteban. ¿Puedo hacerlo?

TRANSITO.—¿Es algún delito que charle con Patro?

DIEGO.—(*Mirándola hostil.*) Mucho has cambiado tú. Parecía que era a ti a la que no te gustaba esa amistad.

TRANSITO.—La del padre.

DIEGO.—Más le temo yo a la chiquilla que a Curro... tratándose de éste. (*Por Esteban.*)

TRANSITO.—(*Avivado su celo maternal.*) ¿Qué quieres decir?

DIEGO.—Yo me entiendo. ¿Te marchabas?

TRANSITO.—Ya ves que no; que me quedo. (*Se quita el abrigo y el sombrero y los deja sobre cualquier mueble.*) Me interesa quedarme y que me expliques lo que temes de Patro.

DIEGO.—Que te lo explique tu hijo y que te diga si tengo o no razón al pedir que se acaben los recaditos y los cuchicheos con esa buena moza.

TRANSITO.—(*Inquieta.*) ¿Es verdad, Esteban? ¡Habla, hijo!

DIEGO.—(*Ante el silencio de Esteban.*) No te empeñes, que no ha de hablar. Sabe que no puede engañarme y sabe también que ha de hacer lo que yo mande.

ESTEBAN.—(*Decidiéndose a hablar.*) ¿Y qué mandas tú?...

DIEGO.—¡Al fin respiras, hombre!... Mando que te apartes de una vez de la niña de Hurón. ¿Crees que no vengo viendo cómo te atrae esa criatura, que no parece sino que te dió un bebedizo?

TRANSITO.—(*Cada vez con más alarma.*) ¡Esteban!...

DIEGO.—(*A Esteban.*) ¿Y crees que no me doy cuenta del despego con que miras a la que va a ser tu mujer? Tu mujer, porque tú la elegiste, porque lo quiere tu madre... y porque me conviene a mí...

ESTEBAN.—Pues ya que lo advertiste debes pensar que no es bastante que te convenga una cosa para que a mí se me eche una cadena.

TRANSITO.—¿Qué dices? ¿De qué cadena hablas? ¿Es que tú no quieres a Elvira?

ESTEBAN.—No lo sé, mamá. Creí quererla, y todavía, por lástima, por no tener polémicas en casa, o porque haya algo que me dice que junto a ella puedo ser feliz, a veces pienso cerrar los

ojos y hacer lo que vosotros dispongáis. Pero, luego, a nada que reflexiono, me entra miedo a comprometerme y a dar un paso del que ya no podré retroceder. (*Luego de una vacilación, y con voz temblorosa.*) ¡No quiero casarme, padre!

DIEGO.—(*A Tránsito.*) ¿Lo ves?

TRANSITO.—(*A Esteban.*) ¡Calla, que estás loco y no puedo creer que sea verdad lo que dices! ¿No eras tú el más entusiasmado con Elvira? ¿No me suplicabas a mí, a tu madre, que aquella amistad del principio se hiciera más íntima, para que tú pudieses conseguir tus afanes? ¿Vas a negar esto?...

ESTEBAN.—Yo no niego nada, ni discuto, ni explico... Unicamente digo que no me caso. Y no me preguntéis más, ni pidáis razones que no sé daros, porque, por encima de lo que yo os dijera o me dijeseis vosotros, quedaría siempre esta resolución: ¡no me caso! (*Ha hablado con vehemencia, con ese ímpetu hecho de terrores con que el cobarde se resuelve, por fin, a afrontar un peligro.*)

DIEGO.—(*Con la fría dureza con que siempre habla a Esteban.*) "¡No me caso!" ¡Tan sencillo como es decirlo... y tan imposible como es lograrlo, Esteban! Imposible, ahora. Hace tres meses, yo me hubiera encogido de hombros y te hubiese dicho: "Allá tú y tu madre, que es la que busca para ti no sé qué grandezas". A mí, entonces, ¿qué me importaba? Ya, no. Ya me importa, ¿lo oyes? Y porque me importa, porque es mi voluntad y mi mandato, ¡te casas!

ESTEBAN.—(*Terco, afrontando por vez primera la mirada de Diego.*) ¡No! ¿Lo oyes tú también?... ¡No! Ni ahora ni nunca. Y saldré de aquí, y me echaré por el mundo, y viviré como pueda, y no habrá en esto más voluntad que la mía.

DIEGO.—(*Dando un paso hacia él.*) ¡Esteban!...

TRANSITO.—(*Interponiéndose.*) ¡Quietos los dos! (*A Esteban.*) ¿Dónde irías tú, y cómo te dejaría yo marchar con esa ceguera que te nubla los ojos? ¿Qué es lo que te ha venido a dominar? Porque yo sé leer en lo más hondo de tu conciencia, y ella me dice que hay algo más fuerte que tú que te tiene acobardado y sin bríos. ¿Será posible que esa mujer, Patro?...

ESTEBAN.—(*Atajándola estremecido.*) ¡No me hables de ella!

TRANSITO.—¿No te he de hablar? ¿He he consentir que esa mala víbora, criada al calor nuestro, te envenene la vida? (*Volviéndose hacia Diego y con mucha amargura.*) ¡Esos son los que tú protegías, por blandura, por gratitud o por miedo, que no quise averiguarlo! ¡Esos son, y esa ha sido tu obra, y éste el último dolor que traes a tu casa!

DIEGO.—¿Qué sabes tú de mi obra, en la que nunca quisiste ayudarme? (*Yendo hacia Esteban, ya recobrada la serenidad.*) Por primera vez te he oído un grito de rebeldía: el grito que yo esperaba de ti, porque más quiero rebeldes a mi lado que miedosos conformes con todo lo que no sea perder lo que les beneficia. ¡Esta es la única alegría que me das desde que viniste al mundo! Pero tu ímpetu va a chocar con el mío, y tienes que saber lo que del choque podemos esperar todos.

ESTEBAN.—No me interesa.

DIEGO.—Me interesa a mí, y basta. ¿Quieres irte? Esa es la puerta... Y aquí me quedo yo, viendo cómo se hunde lo que levanté en tantos años de lucha. Porque es la ruina, ¿sabes? Es que todo se deshace y se desmorona... Eso vas a dejarme cuando salgas de aquí.

ESTEBAN.—(*Tembloroso, y acaso arrepentido.*) ¡Padre!...

DIEGO.—¡Si haces bien!... ¡Si yo también fuí rebelde un día, y no me he arrepentido!... Márchate, y endurece tu corazón para que no te acobarden los peligros. Pero no te vayas pensando que en esta batalla que ganas puse yo algo que no fuese mi ambición y mi conveniencia.

TRANSITO.—¡Calla tú también y no hables de ese modo al muchacho!

DIEGO.—Pues si yo pusiera en esto algo de lo que todos llevamos dentro de nosotros—¡todos, hasta yo, que voy descubriéndomelo!—¿le dejaría ir así?... No hay más que un negocio que me fracasa. Aquí no jugó mi vanidad, como jugaba la tuya, Tránsito, ilusionada por emparentar con los Lebreles. ¡Me valga Dios, los Lebreles! ¡Como si no fueran también a su negocio el padre y la hija!...

ESTEBAN.—¡Elvira, no, padre! ¡A Elvira, respétala!...

TRANSITO.—¿Ves cómo la quieres, hijo, y, aunque te empeñes, no podrás ya huir de junto a ella? (*Por la derecha entra CURRO HURON, trémulo, descompuesto, calado el sombrero y revelando en palabras y ademanes extraordinaria agitación.*)

CURRO.—¡Ea, aquí estoy yo, y ahora sí que se nos hunde a tos er mundo!...

DIEGO.—(*Volviéndose hacia él.*) ¿Qué tienes? ¿Cómo llegas así y por qué entras sin pedir permiso?

CURRO.—Permiso voy a pedí, ¿verdá? ¡Y haserte antesala si quieres!... ¡Bueno está lo bueno, hombre!

DIEGO.—¿Vas a decir lo que te ocurre?

CURRO.—¡Na!... ¡Poquita cosa!... ¡Que han trincao a mi Patriyo!...

ESTEBAN.—(*Aterrado.*) ¿Cómo?...

DIEGO.—¿Qué hablas, Curro Hurón?

CURRO.—¡Que la han trincao!... ¿Está claro?... Que un inspertó y dos agentes se la han yevao a la Dirersión de Seguridá, y que de ayí irá ar Jusgao, y que der Jusgao a la cársel... si tú no lo arreglas sobre la marcha.

DIEGO.—¿Qué tengo yo que arreglar?

CURRO.—Lo de mi hija. ¿Pos no lo oyes?... ¡Y ya mismo! O lo arreglas o se abre la prisión pa tos, que ayá iremos los que haga farta..., con tu hijo por delante.

TRANSITO.—(*En un alarido.*) ¡No!... (*Corre a abrazar a Esteban, como amparándole de un peligro.*) Mi hijo, ¿por qué?

CURRO.—(*A Esteban.*) Cuéntalo tú, que todavía soy yo tan burro que me da fatiga de sortá er mandao.

DIEGO.—(*A Curro.*) Tú serás el que cuentes, sin fatigas ni disculpas, Curro. ¿Por qué detuvieron a tu hija? ¿Fué en la Banca?

CURRO.—Ayí ha sío.

DIEGO.—(*Lívido.*) ¿Entonces... sois vosotros?

CURRO.—¡Sí! ¡Nosotros, sí! ¿Te has enterao? Ya no vamos a andá con tapujos. Er lío de los biyetes se ha descubierto.

ESTEBAN.—(*Angustiado.*) ¡Calle usted!

CURRO.—(*A Esteban.*) ¡Pos habla tú, que ya te lo he pedío! ¡Estaría grasioso que mi niña, que es la que menos puso en esto, fuera a pagá por tos nosotros!...

DIEGO.—¿Acabarás de explicarte?

CURRO.—Que la polisía ha tenío orfato, ¡mardito sea mi corasón!... ¡Y pensábamos habé combinao bien las cosas!... De tu Banca salían los biyetes farsos, esa es la verdá. Mi Patro los yevaba ayí, y con el aquel de la confiansa, un biyetito en un paquete de mil pesetas, otro en uno de quinientas..., ¡y al avío! ¿Quién iba a sospechá?...

TRANSITO.—¡Qué horror! ¡Qué infamia!

DIEGO.—(*Yendo hacia Curro, amenazador.*) ¿Esta perdición me habéis buscado?...

CURRO.—(*Haciéndole frente lleno de cinismo.*) ¡Para el carro, Diego Lopiyo, y no te arranques contra mí! Ahí tienes a tu Esteban. Pídele cuentas a él, y que él te diga si te perdía o te sarvaba.

TRANSITO.—(*A Esteban.*) ¡Hijo!... ¡Di que miente este hombre!

DIEGO.—(*Ansioso a Esteban.*) ¡Dilo!

CURRO.—¡A ve si se atreve a desirlo! ¿De dónde me ha dao a mí Dios arte pa farsificá biyetes?... ¡Ayá er moso, que sabe de grabaos, de tintas y de dibujo, y hasta se buscó él solito la maquinaria!

DIEGO.—(*Que acude junto a Esteban, los brazos en alto, las manos como garfios y una llamarada en los ojos.*) ¿Tú? ¿Tú?... ¿Has sido tú?... (*Y parece que se le rompe la voz en la garganta, y se le caen los brazos, y se le apagan las pupilas, y todo es en él como un derrumbamiento momentáneo.*)

TRANSITO.—(*Estrujando, zarandeando al hijo, casi inerte entre sus brazos.*) ¡Habla, Esteban! ¡Discúlpate, defiéndete!...

ESTEBAN.—(*Apenas sin aliento.*) ¡Madre!... (*Diego, vencido en la lucha, ha caído en un sillón. Curro se dirige a él y le dice, con la audacia de quien se sabe a salvo.*)

CURRO.—¡Las cosas, Diego!... Una mala hora de tu hijo y yo. Hablamos un día, se enredó la charla sobre si era o no sensiyo cobrá un cheque contrahecho..., y de los cheques sartamos a los biyetes de Banco. Y él que no costaba trabajo imitarlos, y yo que como no lo viese no lo creería, hisimos una apuesta, y lo que empesó en chufla terminó en serio. ¡Mal hecho, lo sé! Er fario de uno, que le hase viví siempre metío en estas dansas. Pero ya no hay que lamentarse. No hay más que ve cómo se arregla. (*Mientras habla Curro Hurón, Diego Lopillo parece reaccionar, contemplando a su hijo, y a la cólera con que miraba a éste al principio suceden el dolor, y la sorpresa, y, por último, no se sabe qué íntimo regocijo que pone chispazos de alegría en sus ojos. Apenas si atiende a Curro, hasta que oye su última frase, a la que replica.*)

DIEGO.—¡Tú lo arreglarás! (*Con la voz ronca por la ira.*) En la cárcel, en el presidio..., donde sea, buscarás el arreglo. No cuentes conmigo, que ya tengo bastante con la ruina que me trajisteis.

TRANSITO.—¡No, Diego! ¡Por la Virgen Santísima te pido que no!... Por todo lo que yo sufrí, por lo que hayas podido sufrir tú, ¡salva a nuestro hijo! ¿Oyes, Diego? ¡A nuestro hijo!

CURRO.—(*Encogiéndose de hombros.*) El verá lo que hase. Un buen amigo me avisó a mí de que habían agarrao a mi Patro en cuanto pisó la casa de banca. Yo supe escurrirme, y como carculo que me andarán buscando, acá me vine, y, si acá me encuentran, de acá no saldré solo... A gritos diré la verdá. Y si mi hija y yo nos hundimos, nos hundiremos tos. Er mismo cordel que a mí me amarre amarrará ar que no tiene escape si yo no me escapo con él.

DIEGO.—(*Gritando.*) ¡Calla!... (*Y en este grito parece disiparse su furor. Ya en pie, se acerca a Curro y vuelve a ser el hombre de presa, frío y sereno ante el peligro. Su mano es una tenaza sobre el hombro de Hurón. Habla a éste en voz baja, echándole el aliento en la cara..., y nunca pareció tan temible Diego Lopillo.*) Calla, Curro Hurón... Tú te vas de aquí solo, y si quieres gritar tus verdades, será en la calle donde las grites.

CURRO.—(*Buscando en su propio temor bríos para la amenaza.*) ¡Ayí me oirán!

DIEGO.—(*Siempre en voz baja, como un susurro; pero tan jaque y tan bravío que da miedo oírle.*) Vamos a ver eso, valiente. Desde el despacho al zaguán tienes tiempo de pensarlo. Ya se acabó el Diego Lopillo poderoso, hombre de pro y de crédito... ¡A ése le habéis hundido! Y queda otro. ¿No te acuerdas de él?... El Diego Lopillo de aquellos años nuestros, el de las noches en la serranía y las madrugadas al galope por jaras y madroñales buscando vidas que guardasen la suya y jugándose el corazón en cada envite. ¿Es que no te acuerdas, Curro?... (*Curro va achicándose, hundiéndose bajo el hierro de la mano y el soplo de la voz de Diego.*) Hay que volver al juego, porque ya no nos queda otro camino. ¡Como entonces! Como cuando tú eras el que respondías en los trances malos y buscabas descanso en las cárceles, seguro de que afuera quedaba el compañerito que te sacaría del calabozo... Vas a pensarlo, ¿no? Y vas a irte solo, y despacio... En la calle está la gente que te busca, y más allá la prisión que te aguarda... (*Le va empujando suavemente, casi dulcemente, hacia la puerta de la derecha.*) Piénsalo, Curro Hurón... Y a ver si te sale de la garganta ese grito, que yo podía ahogar ahora de un manotazo (*Se le crispan los dedos junto al cuello de Curro*), y no lo hago porque quiero ver si desde aquí lo oigo... o si lo ahogas tú mismo después que hayas reflexionado. (*Y ya en la puerta, da el último empujón al hombre, que es como un muñeco, y le dice, mezclando el odio y la piedad.*) ¡Anda! (*Se marcha Curro Hurón. Diego Lopillo se ha transfigurado, como si resplandeciera en él una alegría nueva. Ve alejarse a Curro, y se vuelve luego a Tránsito y Esteban, unidos aún en un abrazo. Cuando avanza hacia ellos, Tránsito, engañada por su dolor de madre, se interpone entre Esteban y Diego y suplica a éste.*)

TRANSITO.—¡Diego, por favor!... ¡Déjale que hable! ¡Oyele tú... y ten compasión de él y de mí!

DIEGO.—No te asustes, mujer. (*A Esteban.*) Te podía matar...

¡Mira si sería fácil, Esteban! Pero, ¿qué valor tendrá tu vida si antes no consigo yo que sepas lo que cuesta conservarla? Te podía matar... y no quiero. Hay algo de más mérito: ¡salvarte!

TRANSITO.—(*Llorando de júbilo y de angustia.*) ¡Diego!...

ESTEBAN.—(*Tembloroso y arrepentido.*) Escúchame, padre...

DIEGO.—(*Tapándole la boca.*) ¡No! ¡Sin palabras!... Quiero ser yo el que adivine. Te arrastraron a esto, ¿verdad? Te cegó esa mujer, te aturdió ese hombre... y algo había en ti que te hacía alentar la ilusión del triunfo, siguiendo los caminos que fuesen. Algo que era ambición, soberbia, ganas de ser tú el amo de ti mismo. Algo como un resplandor que lo borraba todo: el llanto de tu madre, las luchas y los desvelos de tu padre la paz de este hogar, que era el tuyo, ¿verdad? Afán de huir mundo adelante, sembrando el daño si hacía falta, en busca de un poderío que no importaba que estuviese manchado de sangre o de lágrimas... Di que fué todo eso, Esteban... ¡Di que fué todo eso!

ESTEBAN.—(*Humillado, cobarde.*) Todo eso fué, padre. Perdóname.

DIEGO.—(*Riendo y llorando a la vez.*) ¿Que te perdone, dices? ¿Tú oyes, Tránsito? Quiere que le perdone... como si necesitara perdón esto de verme otra vez metido en mis peleas. ¡Todo deshecho, Tránsito! Ni boda, ni negocio, ni millones, ni bienestar, ni el orgullo de ser el hombre al que se respeta y se teme. ¡Y hay que empezar de nuevo, y hay que conquistar las presas que ahora se me escapan!

TRANSITO.—(*Estremecida de dolor.*) ¡Mucho tienes que perdonarle!

DIEGO.—Más ha de perdonarme él a mí, que le di, con la vida, este veneno de mi propia carne, y este espíritu rebelde a todo lo bueno. y esta condición de herir a ciegas para lograr mis ansias. Frente a mi padre empecé yo..., ¡y él empieza frente a su padre! ¡Carne mía, sangre mía, gritándome ahora, atrayéndome ahora!... (*Abrazado a Esteban.*) ¿Qué importa lo demás: la ruina, el descrédito, el ver fracasada toda mi obra, si ya habla mi corazón, y estoy alegre, y tiemblo de remordimiento y de gozo, porque es mi hijo, porque es mi hijo, porque es mi hijo!... (*Telón.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO



La misma decoración del acto segundo. Al otro día de transcurrido éste, por la tarde.

(Al tiempo de levantarse el telón entra por la derecha ELVIRA, que viene de la calle, acompañada por LORENZA, la vieja criada de la casa de Diego Lopillo.)

LORENZA.—*(Al entrar, a Elvira.)* Ni er señorito Esteban ni don Diego están en la casa. Deben de andá muy atareaos, señorita Ervira, porque desde ayé ar mediodía no hasen sino entrá y salí, unas veses juntos y otras separaos. Cosas der negosio, digo yo.

ELVIRA.—Sí, sí... ¿Y la señora, está?

LORENZA.—Malucha anda, que parese que no tiene ánimos pa na. Pero voy a avisarla. Eya siempre es gustosa de verla a usté. Con su permiso. *(Se va por la izquierda.)*

ELVIRA.—*(Sola en escena, y con visible inquietud.)* No está ninguno... ¿Qué ocurrirá, Dios mío? ¿A qué obedece esto?...

(Tras una breve pausa, durante la cual Elvira no puede disimular su impaciencia, llega TRANSITO por la izquierda.)

TRANSITO.—¿Eres tú, hija? ¿Cómo no has pasado ahí dentro?

ELVIRA.—(*Besando a Tránsito.*) Da lo mismo... Lo impertante era verla a usted; ver a alguien...

TRANSITO.—(*Extrañada.*) ¿Qué te pasa, Elvira?

ELVIRA.—(*Preguntando, a su vez.*) ¿Y a Estban? ¿Qué le pasa a Esteban? ¿Dónde está?...

TRANSITO.—¡Si no lo sabes tú!... Salió después del almuerzo. Creíamos que hubiera ido a verte.

ELVIRA.—¿No me engaña usted?... (*A un gesto de Tránsito, y con angustia que justifica la pregunta.*) ¡Ay, Tránsito, que estoy como loca! He venido sin que papá lo sepa... porque él no me hubiese dejado venir.

TRANSITO.—¡Hija!... ¿Qué estás diciendo?

ELVIRA.—De ayer a hoy papá dió un cambio increíble. Se lo noté anoche, cuando ni quiso traerme aquí, como siempre, ni me dejó llamar a Esteban para que fuese él a casa. Y hace un rato, con muchos rodeos, empezó a hablarme de que quizá convendría aplazar la boda y no precipitarnos.

TRANSITO.—(*Con una gran pena.*) ¿Eso te dijo tu padre?

ELVIRA.—Eso me dijo, y sin darme razones. Unicamente que había reflexionado, y que estaba seguro de que ustedes reflexionarían también. Y viéndome tan afligida, que me puse a llorar como si el mundo se me hundiera, no hizo más que acariciarme y decirme: "¡Poblecita! ¿Qué culpa tienes tú?"... Nada quiso aclararme; pero yo he comprendido que algo va a separarnos a Esteban y a mí... ¡y a eso no me resigno, Tránsito! (*Se abraza a ella. Tránsito la acaricia tiernamente y le dice, con la voz húmeda de llanto.*)

TRANSITO.—¡Pobrecita! ¡Pobrecita!...

ELVIRA.—¿También usted? ¿Por qué han de compadecerme todos? ¡Algo sabe usted y no quiere decírmelo!

TRANSITO.—No, hija; me da pena ver cómo lloras... y nada más.

ELVIRA.—(*Recelosa.*) ¡De sobra noto que no quiere usted ser franca conmigo, Tránsito! Y yo digo que necesito saberlo todo, y que me expliquen por qué he de renunciar a Esteban, o por qué Esteban renuncia a mí..., o por qué ustedes, o mi padre, o quien sea, va a disponer de nosotros a capricho y sin consultarnos. A eso he venido, sin que me importe que a mi padre le enoje la visita.

TRANSITO.—¿Le hablaste así al marqués?

ELVIRA.—(*Tímida otra vez.*) No me atreví.

TRANSITO.—Pues fué lo primero que debiste hacer. Quizá él no se imagine que tu cariño por mi hijo sea tan recio como ahora demuestras.

ELVIRA.—Y usted ¿tampoco se lo imaginaba?

TRANSITO.—¿Me pides franqueza? ¡No!

ELVIRA.—(*Después de una pausa.*) Tiene usted razón. Nadie pensaba que yo quisiera a Esteban de este modo. Nadie, ni yo misma. Sólo ante el peligro de perderle he comprendido lo que él es para mí. Mientras todo fué bien y no hubo obstáculos, no parecía yo estar muy ilusionada. Esteban me gustaba, habíamos simpatizado, y si con alguien me tenía que casar mejor con él, porque, al fin y al cabo, era un buen chico.

TRANSITO.—¿Nada más que por eso?

ELVIRA.—Por eso... y porque una lleva siempre la ambición del lujo y el afán que nos envidien la suerte. ¡Ya era suerte conquistar al hijo del millonario Lopillo!... Pero, de repente, me avisan que me lo van a quitar y que debo irle olvidando... y todo lo que parecía atraerme se me borra del pensamiento, y no me acuerdo ya sino de él; de su cariño, de que le quiero... ¿Por qué van a separarnos? Sobre todo, ¿podrán conseguirlo si Esteban y yo decidimos hacer frente a cuanto vaya contra nuestra voluntad?

TRANSITO.—(*Conmovida por la pasión con que ha hablado Elvira.*) ¡Ay, hija, qué gran alegría me das! ¡No sabes tú cómo me asustaba pensar que al aceptaros el uno al otro no hubieseis consultado a vuestros corazones!

ELVIRA.—No necesité consultar el mío. El corazón es el que me dice que ni debo ni puedo renunciar a este amor que ahora se me desborda y me hace llorar con el miedo y la pena de pedrerlo. Pero..., ¿y él?

TRANSITO.—No pienses mal de Esteban. ¿Por qué no ha de ocurrirle lo que a ti, que has necesitado esta contrariedad para comprender la firmeza de tu cariño? Esteban te quiere...

ELVIRA.—¡Y no va a verme y parece huir de mí!

TRANSITO.—¡Te quiere! Te lo digo yo, que no puedo engañarme, porque conozco bien los sentimientos de mi hijo. ¡Ya mirará él a su corazón, y entonces verá que tú lo llenas por entero!... ¡No te asustes, mujer! Queriéndoos los dos, ¿cómo podrá separaros nadie?... Y tú has de quererle siempre... Le querrás a él sólo, con tal confianza en tu cariño que él te baste para corregir y perdonar a Esteban cuando haga falta. ¿Verdad que así le has de querer, Elvira?

ELVIRA.—(*Con firmeza.*) Así le quiero ya, Tránsito.

TRANSITO.—(*Llorando de alegría.*) Abrázame entonces, hija de mi alma, y vive tranquila..., y que Dios te pague el bien que me haces! Que Dios te lo pague y no me preguntes más, porque ya

están diciendo bastante estas lágrimas mías, aunque tú no puedas comprenderlas.

(*Por la derecha entran DIEGO y MARCHENA. Este trae en la mano una cartera de piel con documentos.*)

DIEGO.—(*A Marchena, al entrar.*) Te hice esperar, Marchena, pero descuida, que a escape concluímos.

MARCHENA.—Es igual, señor Lopillo.

(*Al verlos entrar, Elvira y Tránsito han procurado serenarse. Diego les pregunta.*)

DIEGO.—Hola... ¿Qué hacéis?

TRANSITO.—Nada. Vino a verme Elvirita y charlábamos.

DIEGO.—(*Mirando a Elvira curioso.*) ¿Te ocurre algo?

ELVIRA.—(*Azorada.*) No, don Diego...

DIEGO.—Más vale así... (*A Tránsito.*) Ya hablaremos después. Permitidme ahora, que tengo unos asuntos...

TRANSITO.—Sí; vamos ahí dentro... Hasta después... (*Coge del brazo a Elvira y la lleva hacia la izquierda.*) Ven, hija. No creo que tarde Esteban. (*A Diego, con cierta ansiedad.*) ¿No es así, Diego?

DIEGO.—Calculo que ha de venir pronto. Y si le necesitáis ya le avisaremos. (*Se van por la izquierda Tránsito y Elvira, y Diego pregunta a Marchena:*) ¿Se hizo todo?

MARCHENA.—Sí, señor.

DIEGO.—¿Hubo alguna dificultad?

MARCHENA.—Ninguna. Aquí traigo las letras vencidas, los pagarés, las escrituras de hipoteca y los demás papeles. (*Le entrega unos documentos que saca de la cartera.*)

DIEGO.—(*Examinándolos rápidamente.*) Gracias, Marchenita. Eres un gran auxiliar.

MARCHENA.—(*Halagado por el elogio.*) Que hay voluntad para servirle, y nada más, señor Lopillo.

DIEGO.—¿Os entretuvieron mucho en el Banco?

MARCHENA.—Muy poco. Figúrese usted, unos créditos que ya los tenían por incobrables... Les ahorramos jaleos de juzgados y pleitos. El que remoloneó un poco fué Peralta, el usurero. Y no porque no le convenga, que a ver si no va a convenirle ceder los préstamos y las hipotecas en tan buenas condiciones y con una ganancia tan limpia. Es que se dió cuenta de que a usted le interesaba el asunto y quiso aprovecharse.

DIEGO.—Pero al fin hubo acuerdo, ¿no?

MARCHENA.—El señor Agramonte y él estuvieron chalaneando, como yo digo, hasta que concretaron la cantidad. Ahora no tiene

usted más que firmar las transferencias, y ya se harán las escrituras definitivas.

(Diego se ha sentado ante la mesa y firma unos pliegos que le presenta Marchena.)

DIEGO.—Muy bien. Y Agramonte, ¿qué dice?

MARCHENA.—Cree que todo esto se ha podido hacer con mucho menos dinero. *(Ponderativo.)* ¡Cuesta más de setecientas mil pesetas, señor Lopillo!...

DIEGO.—¿Y qué vamos a hacerle? Lo malo estaba en que no cabía espera... ¡Aunque me hubiese costado el doble!

MARCHENA.—Eso, sí; el secretario general, y el cajero, y yo, y todos nos sentimos orgullosos de usted. ¡Ahí es nada tener un jefe que para salvar la fortuna del que va a emparentar con él arriesga un capital tan grande!... Y sin beneficio, porque, ¿cuándo va a pagar ese dinero el marqués de los Lebreles? Por eso decimos que es un rasgo admirable.

DIEGO.—*(Con una leve sonrisa de ironía.)* ¿Tú crees?...

MARCHENA.—Lo que decía el señor Agramonte: "¡Hace falta ser muy generoso y tener mucho corazón!"

DIEGO.—Desde luego: ¡mucho corazón! *(Devolviendo a Marchena los paples que firmó y guardándose él los otros documentos.)* En fin, ya está todo resuelto. Llévate estos pliegos. ¿Se entregaron los cheques?

MARCHENA.—¡Naturalmente! Si no no hubiese soltado prenda ese garduño de Peralta. ¿Quiere usted algo más?

DIEGO.—Que vayas a la banca y digas al cajero que no se marche, porque aun necesitaré hoy más fondos...

MARCHENA.—*(Curioso.)* ¿Y de lo de esa muchacha, Patrocinio?...

DIEGO.—*(Rápido y enérgico.)* De eso que no se ocupe nadie. Es asunto mío y no quiero comentarios hasta que no se aclare todo.

MARCHENA.—*(Acobardado.)* Bien, bien...

DIEGO.—Vete, Marchena... ¡Ah! Te llegas a casa del marqués y le dices que necesito verle hoy sin falta. Si él no puede o no quiere venir aquí, que me lo avise y yo iré a visitarle.

MARCHENA.—Perfectamente. Ahora mismo voy. *(Se dispone a marcharse.)*

DIEGO.—Y advierte cuando salgas que tengan preparado el coche.

MARCHENA.—Descuide usted... Siempre a sus órdenes, señor Lopillo. Muy buenas tardes...

DIEGO.—Anda con Dios. *(Se va Marchena por la derecha. Diego, solo en escena, vuelve a examinar los documentos que le dejó su empleado y murmura satisfecho.)* Un poco caros..., pero ya son

míos. Por aquí no hay peligro. Ahora, a lo otro, que es más difícil... (*Mientras repasa los papeles.*) ¡Qué magnífico trapisondista!... (*Se los guarda de nuevo y se levanta para irse. Cuando se encamina a la puerta de la derecha llega TRANSITO por la de la izquierda y le pregunta*:)

TRANSITO.—¿Te marchas?

DIEGO.—(*Volviéndose.*) Sí. ¿Me necesitas?

TRANSITO.—¿Sabes a lo que vino Elvira? (*Diego hace un gesto de indiferencia.*) A advertirnos que su padre quiere renunciar a la boda.

DIEGO.—(*Seguro de sí mismo.*) ¡Bah!...

TRANSITO.—Algo sabe ya ese hombre y toma precauciones para no dar un paso en falso.

DIEGO.—No hay peligro. Todos los pasos del marqués los conoceré yo, para evitar que dé el que me perjudique.

TRANSITO.—Pero Elvira está loca de pena. Quiere a Esteban, Diego... Podrían ser felices, porque ella es buena, y su cariño sujetaría a nuestro hijo.

DIEGO.—Para sujetar a ese mozo bastan las manos de su padre. (*Repite la frase, como recreándose en ella.*) ¡De su padre!... No tendrá mejor freno que el mío. No te preocupes, que ocurrirá lo que nos convenga, y nadie ha de impedirlo.

TRANSITO.—(*Temerosa.*) ¿Nadie? ¿Ni Curro Hurón?

DIEGO.—(*Con el aire jaque que a veces le trastorna.*) ¡Le faltan agallas a Curro Hurón para ponerse frente a mí!

TRANSITO.—Es que si él o su hija hablasen...

DIEGO.—¡No hablarán!

TRANSITO.—¿Y va Patro a pagar por todos? Tampoco eso es justo.

DIEGO.—Si hiciese falta, pagaría... y seguirían los dos callando. Pero estate tranquila, que no soy capaz de abandonar a esa criatura. Después de todo no fué más que un arma en manos de su padre. (*De buen humor.*) Hay que pelear un poco, Tránsito. A fuerza de dinero, claro está.

TRANSITO.—¿Qué importa el dinero? Salva a nuestro hijo, aunque te arruines. ¡Todo antes que ver a Esteban en caminos de perdición!

DIEGO.—Más lo verías, y peor iba a ser su caída, si yo no tuviese alientos para contener la catástrofe y rehacer lo que ahora se nos vaya de entre las manos. (*Riendo.*) ¡No tengas miedo, mujer; no tengas miedo!

TRANSITO.—¡Todavía te quedan risas!

DIEGO.—Muy escondidas andaban. Y ya salieron, porque yo no estoy alegre más que cuando hay que dar el pecho a la mala suerte. Deja ahora que me marche, que todo urge y no quiero perder ni un minuto.

TRANSITO.—¿Y Esteban?

DIEGO.—Ya vendrá.

TRANSITO.—¿Adónde ha ido?

DIEGO.—Adonde tenía que ir; a deshacer él solito ese tinglado de taller que montaron entre él y Curro...

TRANSITO.—(*Alarmada.*) ¡Diego!

DIEGO.—A que pase un poco de susto y vaya sabiendo lo que es jugarse la libertad si se mete uno en aventuras. (*Sonriendo ante la angustia que refleja el rostro de Tránsito.*) ¡No te alarmes tú... ¡Basta con que se alarme él! Los millones de Diego Lopillo sirven, por lo menos, para quitar estorbos. ¿Qué no se arreglará con dinero?... Sólo que Esteban no lo sabe..., y allá se fué a obedecer lo que yo mandaba. Tragando hiel, pero valiente y dispuesto a aceptar todo cuanto pudiera aguardarle en la condenada madriguera que preparó Curro. (*Satisfecho.*) ¡Mi sangre lleva!... Me dió orgullo verle reprimir su temblor y echar para adelante, porque hay que ser hombre cuando vienen mal dadas, ya que presumió de serlo para hacer picardías. ¡Y como un hombre fué! ¡Mi sangre lleva, Tránsito!...

(*Por la izquierda llega RAFAELA, que dice al salir, dirigiéndose a Tránsito.*)

RAFAELA.—¡No la aguanto más! ¡Ya es mucho yorá y mucha pamplina! ¡Josú, qué pijiguera de niña, que le ha entrao er cariño húmedo!... (*A Diego.*) ¿Estás aquí, Dieguiyo?

DIEGO.—Me voy ya mismo. ¿Por qué vienes tan sofocada?

TRANSITO.—¡Cosas de tu madre!

RAFAELA.—¡Cosas de tu mujé! Me encarga que acompañe un ratito a Elvira, y ¿qué trabajo me costaba?... Pero resurta que he acompañao a una esponja que está hasiendo charco en er gabinete.

TRANSITO.—¿Y no le da a usted lástima?

RAFAELA.—Lo que me va a da va a sé reuma, hija.

DIEGO.—Ahí os quedáis discutiendo eso. (*A Rafaela.*) No te ensañes mucho con Elvirita, madre Rafaela, que la pobre está muy apenada.

RAFAELA.—¡Pos que hable claro, jinojo!

(*Se va Diego por la derecha.*)

TRANSITO.—(*A Rafaela.*) ¿Cómo va a hablar la criatura si la deja usted sola?

RAFAELA.—¿Crees tú que tiene grasia que yo me esté de guardia arrimaíta a un canelón? ¡Goteras van a salí en er cuarto, seguro! (*En una transición.*) ¿Qué le pasa?

TRANSITO.—Penas y disgustos.

RAFAELA.—¿Ya? Pronto pensé que los tuvieran, pero antes de casarse es demasiada priesa... ¿Y quién tuvo la curpa?

TRANSITO.—No quiera usted saberlo.

RAFAELA.—Aunque quisiera iba a sé iguá. ¡Pa er caso que me hecéis y las rasones que me dáis!... Desde ayé no veo más que malas caras. Quien no tiene, como tú, los ojos escardaos de yorá, que no pienses que no lo he notao, saca un hosico de vara y tersia, como Diego, o anda escondío por los rincones, como Estebaniyo. ¿Esto qué es, mujé? ¿Estamos en vísperas de boda o vamos a selebrá una misa de "réquiem"?

TRANSITO.—Vamos a pedirle a Dios que se arreglen las cosas.

RAFAELA.—¿Se han torsío?

TRANSITO.—No van muy derechas. Y no me pregunte usted más...

RAFAELA.—Tienes rasón, hija, que a mí no hay por qué darme cuentas. A mí se me yena er buche, se me manda cayá si despego los labios y se me dise a ca paso que soy más ordinaria que una arjofifa. Pos esta arjofifa, pa que te enteres, puede armá todavía un fregao que le saque briyo a las losetas, ¡qué jinojo!

TRANSITO.—Siga usted con sus palabrotas, y no hay más que aguantarse, Rafaela.

RAFAELA.—¿Cuál palabrota he dicho? Mujé, si estoy hablando con toda la finura der mundo...

TRANSITO.—¡Pues estamos ya de "jinojos" en esta casa que no hay quien nos resista!

RAFAELA.—¿Y eso es malo?... (*Con sorna.*) Hija, Tránsito, vas a tené que mercarme un dirsionario.

TRANSITO.—De poco iba a esrvirle.

RAFAELA.—¿No te sirvió a ti, Bejarana? (*Conteniéndose a duras penas.*) Pero, en fin, ¿tú no quieres? Entonses no te me vengas con quejas... Y pa no escucharme te tapas los oídos... Y si no te los tapas, ayá tú... Que ya es mucho señorío er tuyo... Y más vale que no sigamos... Y mira qué modo de tratá a la madre de tu marío... (*Y tercamente repite, sin poder ya contenerse.*) Y... ¡jinojo, jinojo y jinojo!... ¡Pos digo!... ¡Jinojo vas a está tragando hasta que yo reviente!

(*Llegan por la derecha CURRO HURON y ANDRES, el criado. Este se queda en la puerta, cede el paso a Curro y le dice.*)

ANDRES.—El señor dijo que volvería pronto.

CURRO.—Le aguardo.

ANDRES.—Aquí están las señoras.

(Se retira Andrés y avanza Curro Hurón. No es ya el hombre socarrón y dicharachero de antes. Se advierten en él una inquietud y un abatimiento que le quitan la animación y el desenfado que eran sus características.)

CURRO.—*(Saludando.)* Muy buenas tardes.

RAFAELA.—Adiós, Curro.

CURRO.—Hola, comadre. *(A Tránsito, con cierto gesto abochornado.)* Vengo sin debé de vení, bien lo sabe Dios; pero hay argo que le arrempuja a uno, y más vale humiyarse y mordé retama que no buscá perdisiones en barde. A los sincuenta años hay que pensá una mijita las cosas... Y no digo más.

RAFAELA.—*(Que le oye con asombro.)* Hombre, sí... Di argo que yo lo entienda, porque me he quedao en ayunas.

CURRO.—Me entiendo yo... y me entiende Tránsito, ¿verdá? *(Dirigiéndose otra vez a ésta.)* Me han dicho que Diego ha salío de casa.

TRANSITO.—*(Huraña.)* Sí, señor.

CURRO.—Y que vuerve.

TRANSITO.—En la calle no va a quedarse.

CURRO.—Aquí me encontrará.

TRANSITO.—*(Sobresaltada.)* ¿Para qué?

CURRO.—*(Tranquilo.)* No hay cuidao. Ya usté ve que yego humirde y con las grandes ganas de que haya paz entre dos amigos de siempre.

TRANSITO.—Allá ustedes... *(Se levanta y dice a Rafaela.)* Voy yo con Elvira, que no está bien tenerla sola. Hasta después. *(Y se va, siempre hosca, por la izquierda.)*

CURRO.—*(Viéndola irse, y con un suspiro.)* ¡Vaya por Dios y por la Vinge!...

RAFAELA.—Pero..., bueno, Curro, ¿me quieres explicá?...

CURRO.—Las cosas, comadre Rafaela. Aquí me tiene usté hecho un guiñapo y con las entrañas como un tiso.

RAFAELA.—Y eso, ¿por qué?

CURRO.—Porque cuando más farta hase tirá por la caye de enmedio parese que nos ponen plomo en los tobiyos...

RAFAELA.—¡Háblame claro, Curro Hurón, que eres una charada de armanaque!

CURRO.—Deje usté que me caye, Rafaela, no vayamos a enrearla más. Solamente le digo que hay que tenerme lástima.

RAFAELA.—¿Es que te has peleao con mi Diego?

CURRO.—O que su Diego se ha peleao conmigo.

RAFAELA.—(*Mirándole con recelo.*) Le habrás hecho tú arguna faena.

CURRO.—De lo que yo hise no tenemos que hablá. ¡Más me duele lo que no he hecho! A estas horas se hubiera juntao er sielo con la tierra si yo tuviese los ıeaños que en otros tiempos. Y ya ve usté que no. De aqueyo no me quea a mí más que el ansia de andá buscando a Diego Lopiyo pa que él arregle este desavío. No lo hago por mí, esa es la verdá, sino por la que no tiene curpa de que su padre viva siempre a sarto de mata.

RAFAELA.—¿De quién hablas, de Patro?... ¿Qué le ha pasao a tu niña?

CURRO.—Lo peó der mundo. Caminito de la cársel puede que vaya.

RAFAELA.—¡María Santísima! Pero... ¿es que tos nos habemos vuerto locos, o que ha venío ya el Anticristo ése?... ¿Qué disparate ha hecho tu hija?

CURRO.—¿No lo oyó usté que tené un padre que se mete en unos jaleos como pa él solo?... Bueno, y quien no es su padre.

RAFAELA.—¿Y qué hases que no estás removiendo er mapamundi pa salvarla? ¿Qué arranques son los tuyos?

CURRO.—Pa salvá a Patro tenía que perderme yo..., que es lo de menos, y que perdé a otro. Y con to y con eso, quisá no arreglásemos na. De ahí que haya pasao la noche escondío sabe Dios dónde, con una angustia y una rabia contra mí y contra tos que no sé explicarla..., y con un núo en er gañote que quería gritá y no me salía el aliento, y quería yorá, y entonses sí que eran rugíos los que echaba al aire.

RAFAELA.—Eso es miedo, Curro Hurón.

CURRO.—Miedo a perderla pa siempre si hablo, porque con hablá perjudico a quien tiene podé pa hasernos porvo a eya y a mí... Y miedo también de cayarme y que sea eya sola quien sufra esta mala aratá.

RAFAELA.—Ese podé no lo tiene contigo más que mi hijo. ¿Qué aguardas de él, que ni tú mismo sabes si va a ser bueno o malo?

CURRO.—No me pregunte, que hasta con usté tengo er reselo de que se me enreen las palabras y er daño sea mayó. ¡No me lo pregunte, por lo que usté más quiera!

RAFAELA.—Descuida, que ya me asusta lo que puedas desirme, y vale más pedirle a Dios que El os saque con bien del atoyaero. Y si argún daño le hisiste a mi Diego mira a ve si Dios te lo perdona, porque yo no te lo iba a perdoná nunca...

(Por la derecha llegan DIEGO y PATRO. Esta viste las mismas ropas que en el acto anterior y viene abatida y avergonzada.)

DIEGO.—*(A Patro, al entrar.)* Pasa aquí y sosiégate un poco.

(Curro Hurón, que estaba de espaldas a la puerta, se vuelve al oír la voz de Diego y ve a su hija, que entra. Se lanza a abrazarla, transfigurado por el júbilo, y toda su palabrería gitana se desborda en frases entrecortadas y anhelantes.)

CURRO.—¡Hija!... ¡Chiquiya!... ¡Sol de mayo!... ¿Eres tú, mi arma? ¡Libre!... Libre pa siempre, ¿verdá que sí? ¿Qué griyetes iban a ti a echarte, corasón?... *(Estrujándola entre sus brazos.)* ¿Cuáles mejores que los brasos de tu padre, que ya no te suertan? *(Con un hondo suspiro.)* ¡Ay, lusero, que yegas tú y Dios manda amanesé y repicá a gloria!...

PATRO.—*(Abrazada a él.)* ¡Padre!...

RAFAELA.—¡Bendita sea la Vinge!...

CURRO.—*(A Patro.)* ¡Cáyate y no hables, que con tu oló me basta pa emborracharme de alegría!... Patro garbosa, ¿quién te abrió la cársel, y en qué calaboso negro te metieron? ¿Qué prenda hiso farta pa sacarte de ayí?... ¿Es a mí ar que buscan? ¡Que ar calaboso me yeven, y me echen jierros, y me pongan sepos, que tú afuera y yo dentro, pa mí es er gose y la alegría! ¡Huy, mi clavé bonito!...

DIEGO.—*(Interviniendo.)* Bueno está ya, Curro Hurón.

CURRO.—*(Con honda gratitud, que pone llanto en sus ojos.)* ¿Fuiste tú, Diego?... ¡Tus manos pa besarlas!

DIEGO.—No beses nada, que aun tienes que oírme. *(A Rafaela.)* Madre, llévate a Patro por ahí dentro... *(A Patro.)* Pero... escúchame antes: todo el mal que hiciste lo borró tu silencio. Yo sé lo que me cuesta el lance, y las manos que hubo que sujetar, y las plumas que tuve que romper... Pudo ser caro, y tú, callando, lo has hecho barato. Te doy las gracias, mujer.

PATRO.—Yo no fuí nunca mala, don Diego.

DIEGO.—Vas a demostrarlo. Muchas cosas tienen que borrarse de tu memoria, ¿no? ¡Pues a borrarlas! Y lo primero un nombre. Ya sabes cuál es...

PATRO.—*(Avergonzada.)* Esteban...

DIEGO.—¡Ni mentarlo! Se ha muerto, ¿sabes? El Esteban que tú conocías se ha muerto. Y ha nacido otro: el mío. ¡Mi hijo! Tú no lo comprendes, Patro... Ni te hace falta. *(A Rafaela.)* Llévatela ya, madre. Que no la vean... y que ella te cuente.

RAFAELA.—*(Estallando.)* Que me lo cuente eya, o que me lo cuente Curro, o que me lo cuente el siego de los romanses, ¡pero

que me lo cuenten, o me da a mí una arferesía! (*A Patro.*) Ven, hija, ven conmigo. ¡A ve si también te quedas ahora sin lengua!... Escamá me tiene eso de que te cayaras... ¡Pa mí no te cayes, que siempre fuiste tú muy parlanchina!

PATRO.—¡Ay, doña Rafaela! Ya nunca podré serlo... ¡También se murió la Patro que usté conocía!

RAFAELA.—Pos si ha resusitao sin fantesías en la cabesa de pájaro... vamos a darle grasias ar que hiso er milagro.

(*Se van Rafaela y Patro por la izquierda. Curro Hurón pretende seguirlas y Diego le detiene.*)

DIEGO.—Tú, aquí. Tiempo tienes luego para todo.

CURRO.—Tiempo va a fartarme, aunque viva sien años, pa agradeserte er bien que me has hecho.

DIEGO.—¿Yo? Quítate de encima esa gratitud, que ni me la debes ni la necesito.

CURRO.—¿Ni ser agradesío me permites?... No me guardes rencor, que toa mi curpa fué darle alas al instinto de tu chaval. ¡Er sino, Diego, er sino! Lopiyo es tu Esteban, y su sino le manda imaginá negosios en grande. Hurón soy yo, y también mi sino me condena a ayudá ar que me conose y me busca. Y esa mardisión va sobre mi Patro... Y así hasta morirnos. ¡Er sino negro, créemelo!

DIEGO.—Contra el sino y contra todos estoy yo en peleas. ¡A ver quién puede más!... Tú y yo—¿vamos a engañarnos?—fuimos dos truenos que no andamos hoy en coplas por milagro de Dios. Tuvimos suerte...

CURRO.—Tú sobre todo.

DIEGO.—¡Igual! Sólo que yo gasté más coraje y puse más prudencia para no caer en la boca del lobo, como tú. ¿Qué hubiera sido de ti si no te hubiese yo tendido las manos? Pero... hay que ser francos; también yo lo hubiese pasado malamente sin tu ayuda. Un vividor solo en el mundo no logra nada si no encuentra otros vividores menos listos que él que le hagan el juego. Sin ti yo no tendría hoy millones; y sin ti mi hijo no hubiera echado por malas veredas que han podido llevarle a una perdición. Mira por dónde tú, que solo no eres nada, arrimado a mí eres una ventaja, y arrimado a mi hujo un peligro. Pues se acabó. Fuera el peligro, que yo no necesito ventajas. Te marchas, Curro Hurón. ¡Para siempre!

CURRO.—¿Así vas a dejarme, desarbolao y sin sombra, ahora que soy viejo y me farta er brío?

DIEGO.—Yo cuidaré de que ni tu hija ni tú paséis apuros. Tam-

poco me lo agradezcas, que salgo ganando. Más dinero, más influencia y más sonrojo gasté en contener a los que venían contra mí por este golpe vuestro que todo lo que desde que me eché a los negocios tuve que ir sembrando a voleo para que nadie me estorbase. Pero ya no me hace falta sembrar; me conformo con mi cosecha de hoy..., que bastante trabajo costará conservarla.

CURRO.—¿Así va a acabarse un hombre de presa, que no lo hubo más grande en España?

DIEGO.—¡Aun hay presas que sujetar!... Una tengo ahora que tendré que agarrarla con las dos manos para que no se me escape. Con ella me quedo. Busca tú otras, Curro Hurón. Alguna hay que no anda muy lejos.

CURRO.—¿Cuál?

DIEGO.—Tu hija. Oro de ley manchado en tu fango. No sé de dónde le viene esa bondad.

CURRO.—Su madre fué una santa.

DIEGO.—(*Lealmente.*) Cuídala, Curro... ¡Que no se te extravíe! No te doy más consejo..., y allá tú si no quieres seguirlo.

CURRO.—(*Tendiéndole las manos.*) ¡Grasias, Diego Lopiyo!

DIEGO.—Y, ahora, márchate. Para siempre, vuelvo a decirte. Como te marchas solo eres inofensivo. ¡Ojalá no encuentres otro vividor al paso, porque entonces sí que no tienes remedio! Por Marchena tendrás noticias mías y recibirás lo que necesitéis...

CURRO.—(*Ya en la puerta de la izquierda.*) ¿Quié desirse que una amistá de toa la vida se ha quebrao de gorpe?

DIEGO.—Entre nosotros no hay amigos; no hay más que rivales o compañeros... ¡Lo que se puede comprar con billetes! Los amigos sale más caro ganarlos. Vete con Dios, Curro, y que haya suerte. (*Curro Hurón quisiera hablar aún, pero no encuentra palabras para la despedida. Mira honda y angustiadamente a su amigo y se va en silencio. En silencio también le mira irse Diego. Repiquetea el timbre del teléfono. Lopillo acude al aparato y habla.*) ¿Quién llama? Sí, yo mismo... ¿Cómo está usted? A sus órdenes... Yo iré, si no... Desde luego, aquí será más cómodo... (*Por la derecha llega ESTEBAN. Vacila en avanzar. Diego le hace señas para que entre y concluye de hablar por teléfono.*) Le aguardo entonces... ¿Le envío mi coche?... Lo que usted quiera... Hasta luego... (*Deja el teléfono y pregunta a Esteban.*) ¿Lo hiciste ya?

ESTEBAN.—Lo hice.

DIEGO.—¿Te pasó algo?

ESTEBAN.—Nada.

DIEGO.—¿Quedará rastro?

ESTEBAN.—Creo que no.

DIEGO.—(*Con sonrisa irónica.*) ¿Tuviste miedo?

ESTEBAN.—(*Sencillamente.*) Sí.

DIEGO.—Todos lo sentimos cuando nos jugamos algo. La valentía está en contenerlo y dar la cara. ¡Eres valiente, hijo!

ESTEBAN.—Gracias. También en eso me parezco a ti, que has tenido valor para enviarme a aquel sitio, exponiéndolo yo todo y sin defensa alguna.

DIEGO.—Quería que supieses lo que es verse acorralado y en peligro, sin más auxilio que el que uno mismo pueda procurarse. Ya lo has sabido, ¿no? Pues ahora vive tranquilo, Esteban. No corrías ningún riesgo.

ESTEBAN.—(*Incrédulo.*) ¿No?

DIEGO.—De haberlo corrido, ¿no te hubiese acompañado y defendido tu padre?... ¡Tu padre, que no tiene más remordimiento que el de no haber dado la vida por ti antes de que te metieses en malas aventuras! (*Advirtiendo que Esteban inclina la cabeza abochornado.*) No vayas ahora a acobardarte.

ESTEBAN.—No es cobardía; es vergüenza de pensar lo que hice... y lo que has hecho tú.

DIEGO.—¡Si imaginases todo lo que yo he hecho a lo largo de mis correrías!... ¡Ya lo sabrás, Esteban!

ESTEBAN.—No quiero saberlo; quiero únicamente que me dejes marchar... (*A una muda interrogación de Diego.*) No sé... Lejos... A vivir por mí mismo, libre de este bochorno.

DIEGO.—Y a encontrarte otro Curro Hurón que te aconseje, ¿verdad? ¡No te dejo ir!...

ESTEBAN.—¿Vas a tenerme siempre sujeto? Ayer no te importaba que me fuese.

DIEGO.—Ayer, no, porque ayer éramos extraños el uno al otro. Hoy ya es muy distinto. No te marchas, Esteban; no quiero que te marches.

ESTEBAN.—¿Y nunca haré yo mi voluntad?

DIEGO.—Cuando tu voluntad nazca del cariño y el repeto hacia mí podrás seguirla a tu antojo; pero esa voluntad de ahora, que ni tú mismo sabes adonde te llevaría..., ¡esa tengo yo que arrancarla de cuajo!

ESTEBAN.—(*Arisco.*) Quizá no sea tan fácil conseguirlo.

DIEGO.—Si fuera fácil no valdría la pena. Nunca hice negocios fáciles. Se los dejaba a Curro Hurón. Por eso pudo apoderarse de ti.

ESTEBAN.—¡Padre!...

DIEGO.—Escúchame, Esteban. Ahí dentro te aguarda una mujer: la que puede sujetarte y hacerte feliz, porque te quiere, porque es buena y porque no sabe nada de nuestras miserias.

ESTEBAN.—¿Elvira?

DIEGO.—Elvira, sí. Elvira es para ti la paz, el olvido, el reposo, la vida en calma, la ilusión de triunfar para ella... ¡Lo que yo nunca tuve! (*Con una gran ternura.*) Mira que no te habla mi codicia, hijo, sino el dolor de tantos años de lucha, y esta pena de haber sido ingrato y cruel para mi padre, para mi mujer, para cuantos me rodearon y podían estorbarme. ¿Qué no haré yo por evitar que mañana, cuando estés en la cumbre o en el barranco, que eso es lo de menos, sientas tú la tristeza de que tu vida no haya sido más que esta borrachera amarga y loca de los negocios?

ESTEBAN.—(*Que oye tembloroso las palabras de Diego.*) ¡Llámala, padre, llámala!

DIEGO.—(*Yendo a la puerta de la izquierda y llamando desde allí.*) ¡Elvira!... ¡Ven con nosotros!

(*Diego se vuelve a mirar, lleno de orgullo y de alegría a Esteban, que aun permanece como aturdido por la voz de su padre. Pasados unos segundos llegan por la izquierda TRANSITO y ELVIRA.*)

ELVIRA.—¿Qué quiere usted, don Diego? (*Viendo a Esteban y acudiendo hacia él.*) ¡Esteban!...

DIEGO.—¿No lo echabas de menos? (*Por Esteban.*) Aquí lo tienes dispuesto a no separarse de ti.

ELVIRA.—(*A Diego.*) ¿Ha hablado usted con mi padre?

DIEGO.—Hablé con Esteban, que era lo importante. El te dirá que no hay ya quien le arranque de tu lado.

TRANSITO.—(*A Esteban, jubilosa.*) ¡Hijo!...

ESTEBAN.—(*A Elvira.*) Es verdad, Elvira. Yo te lo confesaré todo... Tengo que confesártelo para que comprendas cómo necesito tu ayuda.

ELVIRA.—(*A Esteban.*) ¡Calla, bobo! ¿Qué cariño sería el mío si para ayudarte exigiera confesiones tuyas?

TRANSITO.—¿La oyes, Esteban?... ¡Tiene razón!

ESTEBAN.—Madre, es que ella no sabe la causa de mis inquietudes de estos días...

ELVIRA.—(*Atajándole.*) No las sé; pero me las figuro. Con mirarte a los ojos leía en ellos lo que tú andabas ocultándome. Y leía también que, a pesar de todo, me querías siempre.

DIEGO.—(*A Esteban.*) ¡Ensánchate, hombre, que acaso nunca te hayan hablado así!

ELVIRA.—¡A otras palabras atendía él!... (*A Esteban.*) Ya sabes tú a quien me refiero.

TRANSITO.—(*Rápida, a Elvira.*) ¡No pienses ahora en eso!...

ELVIRA.—¡Si no me importaba!... Descubrí a mi enemiga desde el primer momento, y, sin hablarnos, las dos nos declaramos la guerra.

DIEGO.—(*A Elvira.*) Que has ganado tú.

ESTEBAN.—Y en la que yo estuve a punto de ser la víctima. Pero no culpes a nadie, sino a mí. ¡Por eso te pido que me salves, que no me dejes solo!...

TRANSITO.—(*A Esteban.*) ¡Alguna vez tenéis que suplicar los hombres!...

ELVIRA.—(*A Tránsito.*) ¡Ya ve usted qué alegría!... (*A Esteban, maliciosa.*) Yo, tan insignificante, tan sosita, tan poco enterada de todo, voy a salvarte, Esteban...

(*Por la derecha llega ANDRES, el criado.*)

ANDRES.—(*Desde la puerta.*) Señor...

DIEGO.—(*Acudiendo rápidamente a él.*) Visita, ¿verdad? Ya sé quien es. Dile que pase aquí. (*Andrés se retira, y Diego dice a los demás.*) Vais a dejarme solo. (*A Tránsito.*) Llévatelos y aguanta el idilio, que es obra tuya, y tú debes pagar las consecuencias.

TRANSITO.—No creas que me pesa. (*A Esteban y Elvira.*) ¿Venís?

ELVIRA.—Lo que usted quiera. Anda, Esteban.

(*Los dos jóvenes se van por la izquierda, muy animadamente. Antes de seguirles, Tránsito pregunta a Diego:*)

TRANSITO.—¿Cómo le convenciste?... (*Por Esteban.*)

DIEGO.—Me convenció él a mí. El mayor obstáculo era el de Curro Hurón y su hija. Yo he apartado ese obstáculo... y ahora voy a evitar el otro.

TRANSITO.—¿El marqués?...

DIEGO.—Ahí viene.

TRANSITO.—¿Qué harás si se niega?...

DIEGO.—(*Seguro.*) No podrá negarse. Para la pelea de ahora, si tengo que afrontarla, llevo ya preparadas mis armas. (*Se señala al bolsillo interior de la americana. Luego lleva a Tránsito hacia la puerta de la izquierda, diciéndola.*) ¿Crees que voy a dejarme arrebatar la presa?

TRANSITO.—(*Ya en la puerta, y con mucha ansiedad.*) ¡Gana esta pelea, Diego Lopillo!

DIEGO.—Ellos van a ganarla, y no yo, Bejarana. Vete tranquila. *Se va Tránsito. Tras una breve pausa, llega, por la derecha, EL MARQUES DE LOS LEBRELES. Diego sale a su encuentro.*)

Adelante, señor marqués. Agradezco su visita, porque me urgía verle.

MARQUES.—Hemos coincidido. Yo también necesitaba que hablásemos.

DIEGO.—(*Invitándole a sentarse.*) Lo sé. Sospecho que a los dos nos interesa el mismo asunto.

MARQUES.—Veamos el suyo.

DIEGO.—En pocas palabras. Me cuentan que desea usted renunciar a la boda de nuestros hijos. ¿Es cierto o no? (*Lo pregunta con viveza casi agresiva. El Marqués asiente con un gesto.*) ¿Por qué?

MARQUES.—¿No adivina usted las causas, Lopillo?

DIEGO.—Quizá; pero me gustará oírlas de sus labios.

MARQUES.—¿No ha surgido, de ayer a hoy, un incidente penoso, que hace imposible la alianza proyectada?

DIEGO.—¿Penoso, para quién?

MARQUES.—Para todos. No califico los hechos. Usted sabrá si le conviene destruir un crédito y un prestigio que logró con tantas dificultades. Yo digo, únicamente, que el apellido que llevo me impide emparentar con quien se complace en no saldar sus cuentas con la justicia.

DIEGO.—(*Impetuoso.*) ¡Señor Lebreles!...

MARQUES.—(*Sereno.*) Le ruego que no grite, porque he venido a esta casa resuelto a que no me alcen la voz en ella.

DIEGO.—(*Conteniéndose a duras penas.*) Sin gritos le digo que no acepto sus razones. Hablemos claro. ¿Usted no sabía quién era yo? ¿Qué hay en mi vida que no lo conozca el mundo entero? ¡Si mi propia vida es el arma que emplean los que me combaten, y con la que me hubieran destrozado si yo, más valiente o más hábil, no hubiese hecho de ella mi mejor reclamo!...

MARQUES.—¿Usted?

DIEGO.—¡Yo! Diego Lopillo, el hombre que burlaba la ley, el que no temía a la justicia porque nunca traspasó sus fronteras... Así reunió millones, que ahora le sirven para que nadie ahonde en su pasado, en el que hay de todo, y en el que no se encuentra nada por lo que puedan perseguirle. ¿Va usted a decir que ignoraba esto?

MARQUES.—¿Qué me importaba a mí el pasado? Yo no conocía más que al gran señor don Diego Lopillo, temido y respetado por todos, creador de industrias, propulsor de negocios...

DIEGO.—(*Atajándole.*) Y, en el fondo, el mismo Lopillo de ayer y de mañana, sin más títulos que su audacia y su ingenio.

MARQUES.—Desde hoy, con otro más: el de falsificador de billetes.

DIEGO.—(*Fieramente.*) ¿Quién dice eso?

MARQUES.—Lo dicen todos, aunque todos callen, por prudencia..., por esa coraza de millones que a usted le defiende. Callaré yo mismo... Pero algo habrá en nuestras conciencias que nos obligue a rehuir su contacto.

DIEGO.—(*Que le oyó con asombro.*) Es usted un bravo. ¡Nadie hasta hoy se atrevió a hablarme así!

MARQUES.—Nadie se jugó en los negocios que con usted emprendiera la felicidad de una hija y el decoro de un nombre.

DIEGO.—¿El decoro de usted?... Y cuando usted disponía del dinero de mi caja a cambio de su influencia política, y hasta pensó restaurar sus arcas aceptando la boda que ahora rechaza, ¿por dónde andaba ese decoro?

MARQUES.—(*Con mucha dignidad.*) Andaba humillado por mi necesidad de evitar la ruina. ¿Creyó que no iba a confesarlo? Mi catástrofe financiera me acercó a usted... Llegué a encontrar disculpas que disipasen mis temores, porque el egoísmo lo disculpa todo. No pensaba en lo que Lopillo "fué", sino en lo que Lopillo "era": un hombre poderoso, en cuya vida actual no había ninguna sombra.

DIEGO.—Pues en mi vida anterior sí las hubo, y eso le sirvió a usted ayer para mostrarse digno del Lopillo de antes, con el que había que tratar tomando precauciones, a toma y daca. "Deme su hijo y su dinero, que yo daré mi título y mi influencia."

MARQUES.—Ayer éramos dos hombres que ultimábamos un negocio con la crudeza a que usted me obligaba. Hoy estamos aquí, frente a frente, un caballero... y un falsificador. Es muy triste, Lopillo; pero es la realidad.

DIEGO.—(*Trémulo de coraje.*) ¡No lo repita usted! Y no olvide que yo también tomé precauciones, porque sospechaba esta jugada, y adquirí—¡yo sé a qué precio!—, todos los créditos y todas las deudas que usted tenía esparcidas por ahí. Así he sabido que me engañó usted ofreciéndome con su firma, para los préstamos que logró de mi caja, unas garantías ya comprometidas. Y sé también que no tuvo usted el arte que yo para esquivar a la justicia... y que de mí dependen ahora su ruina, su renombre y su libertad. ¡No lo olvide usted, señor de los Lebreles!

MARQUES.—¡Hombre de presa, al fin! Estoy en su poder, ¿verdad? (*Con amargo desprecio.*) Y supone que, temiendo a sus ame-

nazas, aceptaré lo que repugna a mi conciencia... Pues, no, señor Lopillo. Dentro de mí, con todos mis errores y todas mis locuras, hay un hombre de pro que no se quiere hundir en estas vilezas y que le dice a usted: "La ruina, el descrédito, la miseria, la cárcel, si es preciso; pero el honor de los míos y la dignidad de mi casa quedarán a salvo en esta aventura."

DIEGO.—(*Abrumado por la sencillez y la nobleza con que ha hablado el marqués.*) ¿Usted es capaz de eso? ¿Usted admite así un derrumbamiento que sólo evitarán mis manos?... ¡Mis manos, que nunca soltaron una presa!

MARQUES.—Me explico su asombro. Esperaba usted espantarme con todos los horrores que me anunció. Y es que no advertía usted que dentro de mí, ya se lo dije antes, hay siempre un caballero, como dentro de usted, dispuesto a salir al primer descuido, hay siempre un falsificador.

DIEGO.—(*En un alarido angustioso.*) ¡No lo soy!

MARQUES.—¿Va usted a negarlo?

DIEGO.—¡No lo soy!

MARQUES.—¿Quién, sino usted, pudo preparar lo que se ha descubierto? ¿Por qué empleó usted su dinero y su poderío en conseguir la libertad de esa muchacha... que de este modo calla y no acusa a nadie? ¿Qué puede obligarle a usted a buscar el silencio para este escándalo si no es el afán de salvar su crédito? Y lo ha salvado, y se hizo el silencio, y se olvidará lo ocurrido, que ya sabemos cómo se esquiva a la justicia, a la que pidió usted benevolencia y no castigo para el culpable. ¿Quién ha de ser ese culpable que pudo hundirle y que le inspira tanta piedad?... (*Las palabras del Marqués caen, implacables, sobre Diego, del que parecen desmoronarse todas las energías. El Marqués le contempla con lástima, y le dice.*) ¿Y quiere usted que yo no rompa esta alianza? ¿Espera usted lograrlo, por mucho que me amenace?

DIEGO.—(*Con voz sorda y rota.*) Ya no amenazo, marqués... ¡Suplico! ¡Si usted supiera lo fácil que me sería destruir las sospechas y convencer a todos de que no aciertan al acusarme!... Pero, ¿a costa de qué dolor conseguiría yo esto..., y qué importa una sombra más en mi vida? ¡Sea yo el culpable, señor de los Lebreles!

MARQUES.—(*Conmovido por el acento desgarrador de Diego.*) ¿Es posible, acaso?...

DIEGO.—(*Más enérgico.*) ¡Sea yo el culpable, señor de los Le-

breles! Y sea esta mi última culpa..., ¡y ojalá ella me redima de tantas otras! Borrada está ya pa a la ley, y le suplico que la borre usted de su memoria. ¡Se lo suplico... con no sé qué temblor en los labios, que se me abrasan al suplicar por vez primera! No hay ya negocio, ni pido su influencia, ni defiendo mi fortuna. Defiendo algo que vale más que todo eso: ¡mi hijo!

MARQUES.—¿Qué dice usted, Lopillo?

DIEGO.—¡Mi hijo! Quiere a Elvira, y Elvira le adora. Ella vino aquí a gritar su cariño, a pedir amparo contra la actitud de usted, y resuelta a afrontar su enojo...

MARQUES.—¿Cómo? ¿Se ha atrevido esa loca?... ¿Y qué logrará si yo no consiento?...

DIEGO.—Todo lo logra la mujer que ama a un hombre. ¡Mire si yo podía alentar ese fuego y ganar la batalla! Pero no es así como Elvira debe llegar hasta mi hijo, porque ya con ello se mancharía un apellido del que usted vive orgulloso... y que yo quiero también limpio y claro para que salve a Esteban de todas las impurezas de este renombre mío.

MARQUES.—Le ruego que no siga hablando. No sé doblegarme a las amenazas..., pero no soy inflexible ante las súplicas.

DIEGO.—Y yo le suplicaré siempre que descarte usted mi figura y mi nombre, que no volverán a mezclarse en ninguna empresa turbia. Ya no tengo más que una presa que sujetar: ¡la honradez de mi hijo! Culpable, yo; manchado, yo; despreciado, yo...; y mi hijo libre de sospechas y de peligros. ¿Comprende usted, marqués, comprende usted?...

MARQUES.—Comprendo... y le compadezco. Hasta ahora no vi el horror de una carga que yo creí liviana para sus hombros. Me ha conmovido usted..., pero mi emoción no puede llevarme a reanudar tratos antiguos. Si he de tratar con alguien será con Esteban.

DIEGO.—¡Gracias, señor marqués! (*Le tiende las manos, y el Marqués, discretamente, esquiva estrechárselas.*)

MARQUES.—Cálmese usted, y recomiende a su hijo que me vea. No será aquí, y con usted, sino con él, y en mi casa, donde concluya la entrevista. Buenas tardes, Lopillo. (*Se va el Marqués por la derecha. Solo en escena, aún extendidas las manos, Diego Lopillo mira en su derredor, como si le asombrara aquella soledad y sintiera espanto de su propia cobardía.*)

DIEGO.—¡Mías las culpas, mía la humillación y mía esta vergüenza de haber suplicado misericordia a los que me desprecian!...

¡Vencido, al fin, hombre de presa!... ¡Pero él a salvo! (*Saca del bolsillo los documentos que pensó esgrimir contra el marqués; los mira con desprecio y con asco, y murmura.*) ¡Mal empleaste tus armas, Diego Lopillo!... (*Hace un gesto de cólera, va a romper los papeles... y se detiene. Un chispazo en sus ojos. No ha muerto aún el "hombre de presa". Vuelve a guardarse los documentos, y concluye.*) Por si acaso... (*Cae el telón.*)

FIN DE LA COMEDIA





RIVADENEYRA, S. A.—ARTES GRAFICAS.—MADRID